

UN YANQUI EN LA CORTE DEL REY MARCIANO

Una pareja de ricos texanos visitan New York y terminan en el planetarium de unos grandes almacenes, donde un imitador de Tyrone Power explica al público qué clase de salvajes atrasados son los marcianos y cuánto bien les hará que las buenas gentes de la Tierra les lleven su cultura, sus ciencias y sus artes. Pero hay alguien que no comparte la opinión de John Hervas, el actorzuelo que predica la inferioridad de los habitantes de Marte. De modo que Timún, que parece un humano normal y corriente, hace una visita al bueno de John y se lo lleva a su planeta (con casa y todo) para enseñarle qué es lo que se cuece en Marte realmente. El destino de Hervas estará ligado, por supuesto, al del monarca marciano…

Con un arranque moralino, buenrollista, edulcorado y casi disneyano se abre esta novelita de Enrique Sánchez Pascual… que pronto empieza a disonar y se convierte en una auténtica pesadilla, pero no para el incauto lector, que se las prometía muy felices con una comedieta de sonrisa fácil, sino John Hervas, que empieza a descubrir que todo lo que le ha contado Timún, todas las maravillas y buenas vibraciones que transmiten los marcianos, pueden ocultar un secreto en verdad horripilante… La primera pista la obtendrá el protagonista en Deimos, antes de llegar a Marte, donde una chica preciosa se cuela en su «casa interplanetaria»… La damita parece asustada, ni siquiera puede hablar, confiesa que ella también es una terrícola… y muere antes los ojos del trasunto de Tyrone Power, asesinada a distancia por una fuerza desconocida…

También en Galaxia
2001 n.
º59, EASA-Andina, 1977; portada de Prieto Muriana.

[image]

Law Space

Un yanqui en la corte del rey marciano

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 73

ePub r1.0

LDS 28.06.18

Título original: *Un yanqui en la corte del rey marciano*
Law Space, 1957
Cubierta: Cha Bril
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2


Un YANQUI en la
corte del rey
ARTURO

Un yanqui en la corte

Law Space.

CAPÍTULO PRIMERO



a opulenta señora Howar sonrió al empleado que, sudoroso, la miraba con terror desde detrás de la montaña de telas que desde hacía cerca de hora y media mostraba a la difícil clienta.

Míster Howar, en mangas de camisa y con una corbata de lo más multicolor, fumaba apaciblemente su habano, sentado en una silla, cerca del ventilador y, no muy lejos de una deliciosa dependienta que, de vez en cuando, le dirigía sonrisas que no tenían nada de comercial.

La sonrisa de la opulenta señora Howar no hubiese colmado de felicidad al pobre empleado, de no haber ido seguida por las palabras que el muchacho esperaba desde hacía tanto tiempo.

—¡Ésta es la que me conviene!

La miró con la sorpresa más inédita pintada en el rostro; casi enseguida, antes de que ella dudase de nuevo, le preguntó precipitadamente:

—¿Cuántas yardas, señora?

—Sesenta.

—¿Sesenta?

—Sí.

—¿Puedo permitirme decir a la señora que con sólo seis y media tendrá bastante para un vestido?

Ella le lanzó una mirada aplastante.

—¿Y quién le ha dicho a usted, jovencito, que deseo esta tela para un vestido? Deseo hacer cortinas para mi rancho…

El empleado tragó saliva con evidente y visible dificultad. Que aquella magnífica tela —de quince dólares la yarda e importada directamente de París—: terminase su vida colgando en las ventanas y puertas de un rancho le partía el corazón; pero, después de todo, la venta era singularmente maravillosa y su tanto por ciento nada despreciable.

—¡Perdóneme! Francamente, las cortinas quedarán tan sorprendentes que todas sus amistades desearán saber dónde compró esta maravilla.

Había dado en el clavo y la opulenta señora Howar mostró sus once dientes de oro macizo.

—¿Dónde he de pagar?

—En la caja número tres, señora. Allí puede recoger usted misma el paquete u ordenar que se le envíe al hotel.

—Muy bien.

—Adiós, señora; siempre a sus órdenes.

—Adiós.

Se volvió ella, para dirigirse, hacia el lugar donde estaba su esposo.

La fatalidad hizo que su giro coincidiese con una de las veces en que la dependienta sonreía al señor Howar y que éste, por vez primera, correspondía encantado a la muestra de amabilidad.

La señora Howar avanzó velozmente hacia su esposo.

—Estás muy «fresco», Lionel —dijo, hablando en español.

El señaló el ventilador.

—Sí, aquí se está muy bien.

—No me refiero al ventilador, estúpido, sino a aquella rubia oxigenada del mostrador.

Lionel enrojeció, empezando a balbucear una excusa.

—¡Vamos a la caja! —ordenó secamente ella.

El paquete estaba preparado y cuando Lionel hubo pagado, la cajera inquirió con una sonrisa.

—¿A qué hotel lo enviamos, señora?

—Al Majestic.

La muchacha lanzó un suspiro mientras anotaba la dirección. El Majestic era el mejor hotel de Nueva York al que sólo los multimillonarios tenían acceso.

—¿A nombre de quién?

—De la señora Howar, de Laredo, Tejas.

—Perfectamente, señora.

Y cuando la opulenta tejana se disponía a alejarse:

—¡Eh; por favor!

—¿Qué ocurre?

—Tienen ustedes derecho, por el importe de su compra, a una visita a nuestro maravilloso «Planetarium».

—¿Qué es eso?

La cajera sacó un prospecto ilustrado en colores que tendió a la señora Howar.

—Está situado en la planta decimotercera, señora.

—¡Bah! —replicó míster Howar—. Tengo una sed de todos los demonios, Betty. Mejor sería que fuésemos a algún lugar donde poder beber…

Pero Betty no le contestó.

Había pasado la primera hoja, que representaba una astronave y veía, en el interior del prospecto, la imagen de un hombre que, sonriente, mostraba a un grupo de visitantes una cosa que, después de todo, le importaba un bledo.

Se fijó en el joven.

—¡Pero si es el mismísimo Tyrone Power en persona! —exclamó en voz alta.

—¿Quién querida? —inquirió su esposo que, aprovechando la distracción de ella, sonreía nuevamente a la dependienta.

—Es John Hervas, nuestro compañero —aclaró: la cajera, con una sonrisa de triunfo.

Betty se volvió a su esposo.

—Vamos a visitar ese… ¡como se diga!

—¿Pero y mi sed?

—En el «Planetarium» hay un servicio de bar esmerado —aclaró la diligente cajera.

Cogiéndose al brazo de su marido, la tejana lo llevó, siguiendo las instrucciones de la cajera, hacia la sección de ascensores.

Tuvieron que esperar un poco, tal era la afluencia de gentío que deseaba visitar el «planetarium». Una vez dentro del ascensor, comprimidos como sardinas en lata, esperaron pacientemente a que el vehículo se detuviese en lo alto del edificio.

La sala era verdaderamente fantástica.

Repleta de curiosos y brillantes aparatos, llenas sus paredes de mapas estelares y de extrañas órbitas. El todo iluminado indirectamente y pendiendo del techo, las esferas que representaban el Sistema Solar, girando lentamente alrededor del astro rey, que desprendía una luminosidad que, al reflejarse sobre los planetas, delimitaba, para cada uno, la zona oscura de sus noches.

El grupo se orientó rápidamente hacia uno de los rincones donde, sobre un estrado y vestido con un extraño uniforme de astronauta, estaba el joven que tanto se parecía a Tyrone Power.

—¡Es guapísimo! —exclamó la señora Howar.

Lionel se encogió de hombros, buscando afanosamente el bar esmerado de que la cajera le había hablado; pero, por desgracia, un muro humano, de más altura que él, impedía que lo viese.

Fastidiado, se dejó arrastrar por la entusiasmada señora que, abriéndose paso con los codos, consiguió, no sin esfuerzos, colocarse en primera fila.

Esperó paciente ante el joven de la tribuna que se hiciese el silencio y con voz timbrada:

—Señoras y señores —empezó a decir—; me cabe el honor de mostrarles algo que, por sus ocupaciones, no conocen aún. Voy a abrir ante ustedes la maravillosa puerta de lo desconocido y juntos nos adentraremos por el más fantástico de los caminos, recorriendo, antes que nadie, las rutas que nuestros astronautas se preparan a cubrir…

—¡Qué bien habla! —suspiró la señora Howar.

Su marido se aburría como un hongo, deseando que todo aquello se terminase cuanto antes y que la gente, al dispersarse, le dejase descubrir el ansiado bar.

—Es para nosotros —proseguía el joven— un legítimo orgullo el

haber nacido en este grandioso país. Los Estados Unidos van, indudablemente, a la cabeza de las investigaciones astronáuticas y seremos nosotros, sin ningún género de dudas, los primeros en hollar las rutas del espacio para llevar a los planetas los beneficios y maravillas de nuestra civilización estadounidense.

Uno de los presentes, aprovechando el silencio que se había hecho, le increpó con voz recia:

—¿Es que todos esos planetas no están civilizados?

El joven sonrió, dando a su gesto un aire de superioridad.

—Es más que probable —dijo-que estén deshabitados.

—¿También Marte? —inquirió otra voz.

—Es el único sobre el que tenemos ciertas dudas…

Había un hombre alto junto a la tejana. Impecablemente vestido; parecía ser el único en soportar el calor estival sin necesidad de quitarse la americana ni de deshacerse el nudo de la corbata.

Se dirigió al joven:

—¿Tampoco cree que haya una civilización en Marte?

El «Tyrone Power» de aquellos almacenes le miró fijamente.

—Es posible que los marcianos estén civilizados —dijo—; pero, de lo que no podemos dudar es de que estarán atrasadísimos respecto a nosotros.

—¿En qué funda usted esa afirmación?

—En todo. Creímos, hace años, que los «platillos volantes» eran sus astronaves y tal cosa hizo concebir, a unos pocos, una civilización marciana superior a la nuestra. Pero, cuando Washington declaró abiertamente que no existían tales platillos y que se trataba de aparatos del Ejército, los sueños de algunos escritores fantasiosos se vinieron abajo.

Dejó de mirar al hombre y dirigiéndose a todos, con una sonrisa en los labios.

—¡Duerman tranquilos, amigos míos! El día que nuestras astronaves lleguen a Marte, es seguro que nuestros hombres de ciencia tendrán que enseñar todo a los habitantes del Planeta Rojo.

—¿Y los canales? —inquirió una joven que estaba en las últimas filas.

—¿Los canales? ¡Ha dado usted en el clavo, señorita! Si los marcianos han construido esos canales, señal es de que son incapaces de regar sus tierras por procedimientos modernos…

¡Cuánto podrían aprender de nosotros, los americanos!

Y después de una pausa:

—¡Pobrecillos! Tendremos que enseñarles, entre otras muchas cosas, los sistemas de producir lluvia artificial…

Todos sonrieron.

Todos, menos el impecable señor que estaba junto a la tejana.

Se mordía los labios y sus ojos habían adquirido un brillo metálico; pero no dijo absolutamente nada.

La joven de la última fila preguntó con voz cantarina.

—¿Podría usted decirnos cómo serán las mujeres, marcianas, míster Hervas?

Debía de ser una habitual, ya que conocía el nombre del empleado.

—¿Las mujeres marcianas, señorita? ¡Terriblemente feas! ¡Y despeinadas! También nos veremos, en el deber de enseñarles a cuidarse como solo lo hacen nuestras hermosas americanas.

Las risas brotaban por doquier.

Betty, dando un codazo a su esposo:

—¿Es encantador, eh?

—¡Encantador! —repuso Lionel con tono neutro.

El tono de la piel cobriza del vecino de la tejana había palidecido un tanto.

—¿Alguna pregunta más, amigos? —interrogó triunfante el joven del estrado.

Y al ver que nadie decía nada:

—Les ruego que observen atentamente la astronave que tengo a mi derecha. Es la copia idéntica a la que preparan nuestros sabios para ir a Marte. Está dotada de todo lo necesario.

—¿Va armada? —preguntó alguien.

—¿Para qué? ¿Qué les parecería si llegásemos al Congo de hace tres siglos armados con tanques contra las flechas de los negros?

Carcajada general.

Sintiendo que sus mejillas se empurpuraban por la emoción, Betty, con voz afectada, se decidió a hacer una pregunta.

—¿Tan atrasados cree a los marcianos, señor Hervas?

El la miró con simpatía y el corazón de la tejana latió descompasadamente.

—¿Atrasados, bella señora? Usted no es de Nueva York,

¿verdad?

—No; somos los Howar de Laredo, Tejas.

Alguien rió por las últimas filas, pero nadie le hizo caso.

—¿Es la primera visita a la ciudad, señora Howar?

—Sí.

—Es igual. ¿Qué le ha parecido?

—¡Maravillosa!

El joven sonrió triunfalmente.

—Esperaba esa contestación, señora mía. «Maravillosa»; es la única palabra que puede aplicarse justamente a nuestra hermosa ciudad. Usted, que ha llegado de Tejas, un país que va a la cabeza en el mundo, se ha admirado de nuestra ciudad… ¡Imagínese a los pobrecillos marcianos, con la boca abierta ante tal grandiosidad!

Contenta de haber sido, por unos instantes, el centro de atracción de todos, la señora Howar sonrió gozosa.

—Cuente usted con diez mil dólares para escuelas en Marte, señor Hervas. ¡Me están dando una lástima esos pobrecillos!

Por primera vez, desde que estaba allí, su vecino, el del rostro cetrino, sonrió; luego se abrió paso y desapareció inmediatamente.

Aquello fue como la señal general. Y cuando el gentío se dirigió hacia los ascensores, míster Howar pudo —¡al fin!— descubrir el ansiado bar hacia el que se precipitó, arrastrando a su esposa que no dejaba de volverse para admirar la bella estampa del «Tyrone Power» interplanetario.

* * *

John terminó de desvestirse, colgando cuidadosamente su uniforme interplanetario en la casilla de su armario metálico; luego, con un gesto distraído, se puso su traje «*beige*», impecablemente planchado, anudándose antes la mariposa, a dos rayas, que destacaba netamente sobre su blanca camisa.

El teléfono de su cuarto sonó entonces:

—¿«Hello»?

—Soy yo, cariño.

¡La voz de Dorothy!

Y sobre todo y si no estaba padeciendo alucinación alguna, la voz de Dorothy había dicho «querido».

Tardó, tan nervioso estaba, unos instantes en contestar:

—¿Qué hay, preciosa?

Intentó dar a su voz el tono más natural posible; pero… ¿quién domina sus nervios ante la posibilidad de casarse, con cien millones de dólares y una belleza majestuosa?

Escuchó atentamente, emocionado:

—Verás, John. He leído atentamente la carta y las poesías que me has enviado. ¡Son preciosas!

—¿Te gustan?

—Una barbaridad —la voz se hizo extrañamente melosa—. Me había equivocado lamentablemente contigo, cariño.

John abombó el tórax, como si su interlocutora pudiese verle.

—¿Qué quieres decir?

—Que creí que eras como los otros; un muchacho vacío por dentro, un mequetrefe cualquiera, uno de tantos, de esos que se pasan el día mirándose al espejo y convencidos de que son unos Adonis irresistibles.

A pesar de todo, el rostro de Hervas enrojeció intensamente.

—Pero —prosiguió la deliciosa voz de la muchacha—, tu carta y, sobre todo, tus hermosos poemas me han convencido de que eras completamente distinto a los demás.

—¡Cuánto me alegra que te hayas dado cuenta!

—Yo también estoy contenta de haberme percatado de ello. Por eso —su voz se hizo implorante—, deseaba rogarte una cosa…

—¡Lo que tú quieras, preciosa!

—Desearía hablar contigo… a solas.

—¿Dónde?

—Eso es precisamente lo que me fastidia más, John. Me conoce tanto la ciudad, que no puedo exponerme a ir con nadie a ningún local, sin tener que estar todo el rato guiñando los ojos ante los «*flash*» de los de la prensa. Por eso había pensado…

El corazón del joven empezó a latir con fuerza.

—¿Qué habías pensado, cariño?

—Verte en tu casa.

—¿En mi…?

¡No! ¡No podía ser!

Dorothy Cleamer, la hija única de Fred Cleamer, el rey del petróleo, el príncipe de los motores, el monarca de veinte docenas

de almacenes en los Estados Unidos, pidiéndole que le recibiese en su propia casa, en aquel chalet junto al Hudson…

—No quieres, ¿verdad, cariño?

Maldijo el que su lengua se trabase en aquel preciso instante, haciéndole tartamudear:

—¿Que… si quiero? ¡Cla… ro que… sí, pre… pre… ciosa!

—¡Qué contenta estoy! Estaré, si te parece, a las cuatro… ¿Muy temprano cariñito?

—¡No! Voy a almorzar rápidamente en el «*drugstore*» de los almacenes e iré en un taxi a casa. Perdonarás que haya allí cierto desorden… La casa de un soltero…

—Estando tú a mi lado, lo demás me importa muy poco.

Y después de una corta pausa:

—¿No me dices nada, John?

Tragó saliva con dificultad. Dije:

—Sí, que eres adorable, Dorothy.

Ella no dijo nada, limitándose a enviarle un sonoro beso por el aparato, que colgó inmediatamente después.

Él permaneció aún un buen rato con el microteléfono junto al oído, como si desease captar todo aquel beso sonoro y que nada se perdiese por la maraña de hilos de cobre que atravesaba, como una gigantesca araña, la ciudad.

Cuando colgó, se miró en el espejo, sin poderlo evitar, guiñando un ojo a su imagen, mientras sonreía jovialmente.

Su destino estaba hecho.

Bajó a la planta segunda y se entrevistó con el jefe del personal, al que; después de solicitar permiso para aquella tarde, sacó cincuenta dólares de anticipo.

Silbando un «cha-cha-cha» de moda, descendió hasta el «*drugstore*», dispuesto a calmar el apetito; pero comió muy poco. La emoción le había, quitado las ganas.

CAPÍTULO II



compró un bello ramo de rosas —once dólares y treinta centavos— en un elegante establecimiento de la Quinta Avenida; luego, no después de algunas dudas y aunque hubiese llegado a tiempo utilizando otro medio de transporte, tomó un taxi, en cuyo asiento se arrellenó, con un cigarrillo en los labios.

Habitaba en la parte alta de la ciudad, a la altura de la calle Ochenta y Dos, en un espacio abierto, rodeado de solares por todas partes y donde, por pura casualidad, se elevaba una casita de dos pisos —minúsculo pigmeo sobre el fondo gris de los rascacielos—, rodeada de un raquítico jardín, descuidado y sucio que, no obstante, ponía una nota natural y agradable entre los montones de escombros que rodeaban la casa.

Ocupaba totalmente la casa por una cantidad módica, ya que la dueña sabía que no pasaría mucho tiempo sin que la piqueta del demoledor acabase con aquella mansión destinada, como todos los

terrenos de los alrededores, a la construcción de un bloque de rascacielos para habitaciones, que una importante firma había comprado.

Pero, por el momento, John se sentía independiente y un poco diferente a los demás, gozando de un total de seis habitaciones amuebladas que, en Nueva York, era un lujo sólo reservado a los directores de empresa.

Cuando el taxi se detuvo ante la verja, el corazón de Hervas latió con más ímpetu que el de costumbre, ya que estaba casi completamente seguro de que «ella» estaba allí, esperándole.

Recordó después, mientras pagaba al conductor, que tenía la costumbre de cerrar la puerta con llave. Inmediatamente y presa de un nerviosismo creciente, consultó el reloj, respirando aliviado al comprobar que faltaban diez minutos para las cuatro.

El coche, que ya se alejaba, frenó inesperadamente.

—¡Eh! —gritó el chófer—. ¡Se ha dejado el ramo de flores!

John corrió hacia el vehículo y agradeció confusamente el aviso al conductor; luego, mientras el vehículo se alejaba definitivamente, se quedó plantado hasta que el coche desapareció tras una montaña de ladrillos.

«Debes calmar tus nervios, muchacho —se dijo—. Ella debe hallarte tranquilo, dueño de ti; en fin, debes seguir impresionándola favorablemente como has logrado hacerlo hasta ahora…».

Aspiró fuertemente una bocanada de aire, irguió su silueta y caminó, pausadamente, hasta llegar a la puerta, en cuya cerradura introdujo la llave.

Dejó abierto, colocando la llave en la parte interior y pasó, después de echar una ojeada al diminuto «*hall*», por el pasillo que conducía al «*living*».

«Afortunadamente —se dijo— la propietaria ha mandado limpiar todo esto esta mañana».

Al entrar en el «*living*» se quedó como una estatua, palideciendo un poco.

El hombre que estaba sentado en su propia butaca, frente a la puerta, le sonrió. Y John tuvo la inmediata, impresión de que había visto aquel rostro en alguna parte… y no hacía mucho tiempo.

Pero, recordando la cita que tenía, sintió que la cólera se apoderaba bruscamente de él.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¿Cómo ha entrado en mi casa?

El otro no había abandonado ni un solo instante su sonrisa y la cómoda postura en el sillón.

—Demasiadas preguntas, mi querido señor Hervas. Estoy seguro, de que si utilizasen el mismo procedimiento con usted, en el «Planetarium», se vería en serias dificultades para contestar a todas.

Y viendo que el joven acababa de reconocerlo, le dejó decir.

—Ahora recuerdo. Usted estaba a la izquierda de aquella señora gruesa… Aquella de Tejas…

—Exactamente. Veo que tiene, una excelente memoria, En efecto, yo estaba esta misma mañana, a la izquierda de la señora Howar, la señora que le ofreció diez mil dólares para escuelas en Marte.

La imagen de Dorothy se interpuso en la mente de John.

—Todo eso está muy bien —dijo, sin abandonar el tono seco de la voz—; pero ¿qué desea usted?

—He venido a charlar un poco. Deseo aclarar ciertas cosas…

—Lo lamento, señor…

—Me llamo Timún.

—¿Timún? ¡Sí que es un nombre raro! Pero, se llame como se llame, lamento no poderle dedicar ni un solo minuto.

—Lo comprendo: la cita con la bella Dorothy ¿no es eso?

El rostro de John se puso blanco como el papel.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Yo sé muchas cosas.

—Pues puede costarle muy caro el escuchar las conversaciones de los demás, señor Timún.

—¡No sea niño! Cuando le llamaron a usted por teléfono, mientras se vestía en su cuarto de los almacenes, yo estaba muy lejos.

—¿Y cómo sabe usted entonces todo eso?

—Ya le he dicho que sé muchas cosas. Por ejemplo, que Dorothy no vendrá jamás aquí.

Aquello le hizo gracia al joven. Le pareció tan grotesco, que lanzó una carcajada.

—¡Es usted, además de entrometido, un perfecto estúpido!

El otro le miró fijamente.

—No debía usted, atreverse a insultarme sin antes convencerse de la veracidad de mis palabras.

—¡No quiero oírle más! ¡Salga de mi casa!

—Pierde usted los estribos de una manera lamentable… Espere —había entornado un poco los ojos—. Dorothy acaba de salir del baño y está peinándose ante el espejo… ¿Por qué no la llama por teléfono? Tiene un hermoso aparato, verde, al alcance de la mano. Comprenderá que si se dispusiese a venir aquí, no estaría aún envuelta en una toalla rosa pálido…

John le miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Quiere usted hacerme creer que está viendo, ahora, a esa joven?

—Como a usted mismo. Tenga la amabilidad de llamarla por teléfono. Es el AP-
234 585.

Mecánicamente, sin poderlo evitar, Hervas se acercó al aparato y marcó el número que acababa de oír y que, por otra parte, conocía perfectamente.

Resonó la señal de llamada.

Con el microteléfono junto al rostro, Hervas no separaba la mirada del hombre que, con la misma sonrisa de siempre, parecía divertirse de lo lindo con todo aquello.

«¿Quién será? —se preguntó mientras esperaba que descolgasen el teléfono—. Es posible que un abogado del padre de Dorothy. La habrán impedido venir, considerando que mi amistad no es de la categoría que ellos desean para la muchacha…».

El teléfono interrumpió el hilo de sus ideas:

—¿Diga?

¡La voz de ella!

John dudó unos instantes, agobiado por la dulce emoción que experimentaba.

Te estoy esperando, cariño…

El señor Timún frunció el entrecejo, mirando con lástima al joven.

—¿Quién es usted? Me parece reconocer la voz.

—Soy John Hervas.

—¡Ah! Me parece recordar… ¡Sí, el de las poesías!

—Eso es —repuso el joven, tragando saliva con dificultad.

Y al no oír más que una carcajada cristalina, exclamó:

—Debías estar aquí a las cuatro, querida… ¡Estoy impaciente!

La risa se cortó en seco.

—¿Qué tonterías está usted diciendo? Yo no me he citado jamás con usted. Por ahora, cuando quiero reírme, me basta con los programas de payasos de la Televisión. Mire, señor Hervas, déjese de tonterías y siga mi consejo: visítese enseguida por un buen psiquiatra… ¡le conviene!

Míster Timún, con el rostro cariacontecido, se había levantado rápidamente y acercándose al joven, le musitó unas rápidas palabras al oído, agregando, en voz baja.

—¡Dígaselo! ¡Se lo merece por orgullosa!

La voz de ella seguía sonando en el auricular:

—Espero que me dejará tranquila, ¿está entendido?

Haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad, John miró al hombre que tenía al lado y con voz aparentemente tranquila dijo:

—Está bien, señorita Cleamer; no la molestaré más; pero, por favor, ¿por qué no recoge la toalla que le ha caído al suelo?

—¿Eh? ¿Cómo sabe usted?…

John colgó con una triste sonrisa en los labios.

Permaneció unos instantes como anonadado, completamente vencido; luego, lentamente, marcho hacia la silla, frente al sillón, dejándose caer sobre el ramo de rosas, que no se molestó en quitar antes de sentarse.

—Usted gana, señor Timún. Le escucho.

—No sabe cuánto lamento lo ocurrido; pero no tuve otro remedio.

—¿Otro remedio de qué?

—De atraerle aquí, enseguida. Fui yo quien le telefoneé.

—¿Usted? ¿Y la voz de Dorothy?

Sonrió el misterioso personaje; luego, de repente, sin mover los labios.

—«¿Eres tú, querido?».

Hervas dio un salto, poniéndose en píe.

—¿Cómo es posible? ¡Si es la voz de Dorothy!

—No tiene importancia.

El asombro no se había borrado del rostro del pobre John.

—Pero… ¿cómo sabía que yo conocía a esa muchacha, que le

había escrito y que le había enviado algunos poemas?

—Ya le dije, antes que yo sabía muchas cosas.

John miró interrogativamente al otro hombre e inquirió:

—¿Quién es usted?

—Un poquito de paciencia, amigo. No parece usted tan decidido como en aquel estrado del «Planetarium»…

—¿Qué quiere usted decir?

—No importa ahora; lo que me interesa saber es si todo lo que usted dice allí le sale del alma.

—No le entiendo.

—Quiero decir si está usted plenamente convencido de las explicaciones que dio esta mañana.

—¡Claro que lo estoy!

—¿Seguro?

—¡Naturalmente! ¿Por qué me pregunta usted ahora eso?

—Porque, según me parece saber, no posee usted ningún título académico que le autorice a hablar con conocimiento de causa.

—¿Y eso qué importa?

—Creo que mucho.

—Se equivoca. Basta leer las revistas que se publican para estar al tanto de todas las novedades de Astronomía.

Y mirando fijamente a su interlocutor.

—¿Es posible que por no estar de acuerdo con lo que he dicho esta mañana haya armado todo este lío?

—En cierto modo, sí.

—Tendrá usted poderosos motivos. ¿Es usted astrónomo?

—No.

—¿Entonces?

—Son motivos puramente sentimentales… y personales. Usted se ha permitido despreciar a los habitantes de cierto planeta.

—¡Ya entiendo! ¡Otro defensor de Marte!

—¿Otro?

—Sí. Suelo recibir algunas cartas de «marcianófilos» rabiosos. Pero no les hago el menor caso. Son, en general, lectores de esas novelas de fantasías, puyas enormidades toman al pie de la letra…

—Comprendo; pero yo no soy de ésos.

—Es igual. De no ser lector, será usted editor o escritor. Ya le he dicho que era lo mismo.

—No, amigo Hervas; es algo completamente diferente.
—¿Por qué?
—Sencillamente, porque YO SOY UN MARCIANO.
El sobresalto que se pintó en las pupilas del joven no fue originado porque creyese lo que acababa de oír; su pánico nació de su convicción total de estar frente a un escapado de un manicomio.
Maldijo, el vivir tan apartado y se dijo que lo mejor, sería «seguir la corriente» y lograr, cuanto antes, que aquel tipo saliese de la casa.
—No estoy loco —dijo el otro.
—¡Yo no he dicho nada! —protestó vivamente John.
—Pero lo está pensando y deseando que me vaya. ¿De qué le serviría? ¿No he entrado estando la casa completamente cerrada?
El joven abrió la boca.
—¡Es verdad! —exclamó olvidando sus temores—. ¿Cómo lo consiguió?
—Utilizando la OCTAVA DIMENSIÓN.
—¿Eh?
Luego, haciendo un poderoso esfuerzo para lograr serenarse:
—¿Por qué no se «larga» usted?
—Lo haría, con mucho gusto, si ello fuese posible.
—¡Nada más fácil, amigo mío! Tendré muchísimo gusto en acompañarle hasta la puerta.
El otro sonrió.
—De acuerdo… Si usted le desea «tan de corazón», me iré enseguida. Pero desearía saber una cosa…
—Usted dirá —repuso John, íntimamente contento de haber logrado su objetivo.
—¿Tiene usted algún profundo motivo para odiar tan cordialmente a los marcianos?
—¿No lee usted en la mente? —inquirió el joven, con una sonrisa burlona.
—Sí, pero no totalmente. Las ideas profundamente enclavadas en el subconsciente me escapan por completo.
—¡Menos mal que no es usted poderoso hasta tal límite! Está bien, amigo Timún; voy a satisfacer su curiosidad.
—Le estaré muy agradecido.
—Cuando niño, yo también leía todas esas fantásticas historias

de marcianos. Por la noche, mi madre se asustaba al oír mis gritos de espanto. Monstruos deformes, con tres cabezas y once brazos, rodeaban mi lecho, después de bajar de sus absurdas naves del espacio. Durante mucho tiempo, aun siendo ya casi un adulto, seguí sufriendo indeciblemente con aquellas espantosas pesadillas…

—Comprendo; pero, una vez libre de aquellas infantilidades, ¿por qué atacar con una saña pareja a los habitantes de un mundo que desconoce?

—¡Porque les tengo un odio sin límites! Y no cejaré en reírme de ellos mientras pueda.

Se puso en pie.

—Ha terminado la entrevista, Señor Timún.

—Perfectamente. Vamos.

Salieron del «*living*», atravesando el pasillo parsimoniosamente. Ante la puerta, John se inclinó ceremoniosamente.

—Encantado de conocerle, señor marciano.

El otro se inclinó también. Una sonrisa flotaba en sus delgados labios.

—Muchas gracias por todo, joven amigo. Pero, aún un favor: no conozco los alrededores y temo perderme.

John se divertía de lo lindo. Había logrado olvidar los momentos desagradables que había pasado en compañía de su estrambótico visitante.

—¡Lo comprendo! Como acaba usted de llegar de Marte, no conoce aún la ciudad. Está bien, le dejaré junto a la parada de taxis de la Octava Avenida. A menos de que tenga la astronave por aquí cerca.

—No, se fueron cuando me dejaron aquí.

—¡Qué grosería! ¿Cómo se atrevieron a abandonar a un pobre marciano en la ciudad de Nueva York?

—Llevo tres meses aquí.

—¿Y ya habla inglés de esa manera?

—Lo aprendí en Marte.

—¡Y la pobre señora Howar que me ofrecía diez mil dólares para poner escuelas en ese planeta! ¡Si lo supiese!

Había abierto la puerta, pero no vio la sonrisa que apareció en el rostro, del otro cuando echó una ojeada hacia afuera.

—¡Vamos, amigo de Marte!

—Usted primero.

—Es igual.

Fue a salir, pero un grito se ahogó en su garganta. Al mismo tiempo, se afianzó, con todas sus fuerzas, a la puerta, mientras cerraba los ojos con toda energía.

Después, lentamente volvió a abrirlos.

El otro se reía en voz baja.

—¿Qué es eso? —inquirió John aterrado.

—¿Ésa esfera brillante?

—Sí.

—La Tierra, señor Hervas, la Tierra. ¡ESTAMOS CAMINÓ DE MARTE!

John fue a decir algo; pero, repentinamente, se desplomó sin conocimiento, en el umbral de la puerta.

CAPÍTULO III



l abrir los ojos, se percató de que estaba en la cama. Llevaba los pantalones, pero su chaqueta estaba colocada, sobre una silla y sus zapatos junto al lecho.

—¡Nunca me libraré de esas horribles pesadillas! —dijo en voz alta.

Debía haberse echado, esperando a Dorothy y había soñado todo aquello, mucho más fantástico, aunque menos alucinante, que lo que solía soñar cada noche.

Se levantó, dispuesto a lavarse para quitarse el dolor de cabeza que le acuciaba.

—Deba de ser muy tarde —dijo.

En efecto, fuera era de noche y se vio obligado a encender la luz. Después, todavía no muy de aplomo, abrió la puerta, viendo entonces que había luz en el salón.

Recordó haberse dejado los cigarrillos en la mesita del «*living*», junto a la silla dónde posó las flores y el ansia de fumar un «Camel»

le hizo dirigirse directamente allí.

Se frotó enérgicamente los ojos al traspasar, el umbral de la puerta del «*living*».

Luego, ya con los ojos abiertos, se apoyó en el quicio, suspirando profundamente.

¡MÍSTER TIMÚN ESTABA ALLÍ!

—No ha sido un sueño, entonces.

—No, amigo mío; no ha sido un sueño.

Se acercó prudentemente a una ventana y miró a través del cristal. Allí abajo, un globo azulado parecía flotar en medio de la absoluta negrura del espacio.

Sin volverse, inquirió:

—¿La Tierra?

—Sí —repuso el otro.

Se dejó caer en un sofá vecino, cogiéndose la cabeza entre las manos.

—¡Voy a volverme loco! —exclamó verdaderamente asustado.

—No tenga miedo, amigo; no se volverá loco.

Levantó la cabeza, clavando la mirada en los ojos serenos del otro.

—Estamos en mi casa, ¿verdad?

—Verdad.

—¿Cómo es posible, entonces, que una casa atraviese el espacio?

Sonrió el marciano.

—Yo se lo dije antes, Hervas: utilizando la octava dimensión.

—¿Qué demonios es eso?

—Algo demasiado complicado para su «superior» mente terrícola, John, Baste decir que, junto con su casa, llevamos consigo un trozo, de atmósfera que nos permitirá respirar normalmente hasta nuestra llegada a Marte.

—Pero… ¿de Verdad que vamos a Marte? ¿Es eso posible?

—¿Lo duda aun?

—No le entiende. Mi casa ha salido disparada de Nueva York, según dice usted… ¿También nos hemos llevado la electricidad?

—¿Lo dice por la luz, eléctrica, no?

—Eso es.

—Captamos la electricidad del espacio, gracias a un pequeño aparato que me he permitido colocar en el tejado. Eso es todo.

—¿Cómo? ¿Ha salido usted… afuera?

—Nada más fácil, amigo mío. Luego daremos una vuelta por los alrededores.

—¡De ninguna manera!

—¿Por qué? En el espacio, su casa es el centro de gravedad. Ningún objeto puede separarse de ella ya que es inmediatamente atraído hacia su centro.

Podremos pasear por los alrededores, gracias a unos «mono-propulsores» que llevó conmigo.

—¡Es fantástico!

—¿Usted cree? Recuerde sus palabras: «Tendremos que enseñar a esos pobres marcianos a producir la lluvia artificial».

John se sintió angustiado.

—¿No ha llevado usted demasiado lejos su venganza, señor Timún? Le prometo, si me deja de nuevo, con mi casa, en la ciudad, que nunca más volveré a burlarme de ustedes.

El otro movió la cabeza de un lado para otro.

—No es posible, míster Hervas. No es usted sólo quien me interesa. Quiero que Su Majestad conozca, con sus propios ojos, el problema que existe en la Tierra a nuestro respecto…

—¿Ha dicho usted «Su Majestad»?

—Sí, eso he dicho.

—¿Hay rey entonces en Marte?

—Sí —la sonrisa se acentuó en el rostro del marciano—. Somos decididamente conservadores; además, aunque lo quisiésemos, no podríamos dejar de serlo.

—¿Por qué?

—Porque el número de habitantes de nuestro planeta no pasa de tres millones.

—¡Imposible!

—Cierto.

—Eso quiere decir que están ustedes en plena regresión; van desapareciendo poco a poco.

El otro cerró fuertemente los puños.

—¿Por qué han de ser ustedes, los humanos, tan esencialmente estúpidos? ¿De qué le sirve a la Tierra tener toda la loca cantidad de millones de seres, sí se matan entre sí cada década, suprimiendo un buen número de ellos?

—No irá usted a decirme que no hay guerras en Marte. Su mismo nombre lo indica.

—Me hace reír su ignorancia, señor Hervas. ¡Marte! ¿Quién fue el que lo bautizó así?

—Nosotros.

—Por eso. Lo curioso es que el planeta de ustedes, por una especie de sabía intuición de nuestros astrónomos, fue llamado «Ashakos».

—¿Qué quiere, decir?

—«Ashakos» es el nombre mitológico con que nuestros antepasados designaban al dios de la Muerte y de la Locura.

—¡Muy gracioso!

—¿No irá a decirme que les viene mal ese nombre? Yo conozco su planeta y usted todavía no conoce el mío, por lo que he visto en la Tierra, ningún otro nombre merece, mejor que el que le pusimos.

—Tampoco creo que nosotros nos hayamos equivocado mucho.

—Totalmente. La guerra no puede existir en un mundo, en el que la muerte, prácticamente, ha desaparecido.

—¿Cómo?

Timún se levantó y con un gesto.

—Dejemos todo eso para cuando lleguemos allí. ¿Salimos?

—¿Es imprescindible?

—Sí. Deseo que se vaya usted familiarizando con los movimientos en el espacio. Le serán muy útiles después.

Se dirigió hacia un rincón del «*living*» y corrió uno de los sillones, descubriendo una voluminosa maleta.

—¿Es suya?

—Sí.

—¿Vino preparado, eh?

—No podía dejar esto en la habitación del hotel donde me hospedaba. Cuando dispuse este viaje.

—Sin mi consentimiento, claro está.

—¿No creería usted que iba a consultarle?

—¡Claro que no! Serán ustedes, los marcianos, todo lo que usted diga, pero nunca demócratas.

Timún soltó una sonora carcajada. Era la primera vez que se tomaba tal libertad y John le miró con extrañeza.

—¿Por qué se ríe así?

—Por lo de la democracia. ¿Qué saben ustedes de ello?

—¿Que nosotros, los estadounidenses, no sabemos lo que es la democracia? ¿Se ha vuelto loco?

—No, estoy perfectamente cuerdo. Ustedes, los americanos, se han fabricado una democracia «casera», Les ocurre a ustedes como a esas familias de millonarios en las que cada miembro hace lo que le da la real gana. El papá se levanta a las once, desayuna y se va al golf; los dos hijos varones toman su «Cadillac» y se van a la Universidad, a jugar su partido de *rugby*; la hermana coge también su coche y se va a la piscina y la esposa, después de acicalarse, sale también, ésta en su coche con su chófer, a ver a sus amigas y citarlas para una partida de *bridge*.

—¿Le parece poca democracia?

—Excelente… para ellos: para los miembros de la familia; pero ¿qué ocurre con la servidumbre, el chófer, el jardinero y todos los que dependen de la familia? Así son ustedes, los americanos; una familia rica que no cesa de decir, a los cuatro vientos, que lo mejor del mundo es su sistema de vida…, como si los demás no lo supiesen y lo deseasen para ellos.

—Tiene usted ideas verdaderamente curiosas, señor Timún.

—Llámeme Timún, a secas.

—Está bien. Puede usted llamarme como lo desee. Francamente, nunca pensé que los habitantes de Marte fuesen como nosotros.

—Eso se debe a todos los libros de fantasía que ha leído. Los escritores se han basado, para crear sus horripilantes criaturas, en los datos que los científicos les han proporcionado respecto a la atmósfera, a la gravedad, etc. Sin embargo, ¿no le parece absurda la idea de alguien que imaginase que sus vecinos de casa tienen cuatro patas y dos cabezas? Sería verdaderamente ridículo.

—No es lo mismo.

—Es idéntico. Formamos parte del mismo. Sistema Solar. Marte, como la Tierra, está regido por las mismas leyes, espaciales. Y, según una curiosa teoría en boga en su planeta de usted, todos surgimos de la masa solar. ¿Por qué razón íbamos a ser distintos?

—Eso es muy razonable.

—Porque la verdad siempre es razonable. Nosotros, ya antes de conocer la Tierra, los imaginábamos semejantes. La lógica, nos decía que no podíamos encontrar seres monstruosos en el Tercer

Planeta.

—Sin embargo, no los encuentra agradables.

—No se expresa usted bien. Si piensa un poco, verá que aun dentro de la misma Tierra, hay sensibles diferencias entre ustedes mismos. Los nórdicos, sean anglosajones o germanos, consideran a los mediterráneos como seres inferiores, poco trabajadores, soñadores y apáticos; éstos dicen de los del Norte que son fríos; excesivamente materialistas…

—Eso es verdad.

—Más verdad de lo que usted se imagina. Igual ocurre en el Sistema Solar. Los planetas más cercanos al Sol, Mercurio, Venus y la Tierra, están habitados por seres «meridionales», movedizos, impacientes y, en cierto modo, primitivos y salvajes, a pesar de su civilización. Nosotros estamos más lejos del Sol, somos, por decirlo así, más «nórdicos» y por eso estamos mejor organizados que ustedes, como los habitantes de Júpiter, si los hay, serán más ecuánimes y serenos que nosotros.

—¡Curiosas ideas!

Timún sonrió; después, tomando por el brazo al joven:

—¿Vamos a dar una vuelta por los alrededores de su mansión?

Estuvieron fuera largo tiempo, John disfrutó de lo lindo; moviéndose libremente en el espacio gravitatorio de su propia casa.

Cuando pasaba bajo el edificio, se acercó al marciano.

—¡Fíjese en eso, Timún!

—¿En qué?

—En los cimientos. No sé cómo esta casa no se ha hundido antes. Mi propietaria estaba jugando con mi vida.

—No le importe ya. Se habrá dado un gran susto al enterarse que su casa ha desaparecido de la ciudad.

—¡Es verdad! No había pensado en ello.

Lanzó una carcajada, imaginando el rostro de la vieja usurera cuando se percatase de que todo, casa, muebles e inquilino, habían desaparecido como por ensalmo.

Al regresar a la casa, John estaba mucho más animado. Pero, a los pocos instantes, una idea aterradora cruzó su cerebro y volviéndose bruscamente hacia su compañero de viaje:

—¡Oiga, Timún!

—¿Qué desea?

—Volveré a la Tierra, ¿verdad?

El otro se encogió de hombros.

—No puedo decírselo, Hervas. Eso no depende de mí.

—¿De quién entonces?

—De Su Majestad.

—Pero… ¿qué he hecho yo de malo? ¿Qué clase de culpa he cometido para merecer este injusto castigo?

—No se trata de ningún castigo, John. Nos ha atacado usted con saña y nosotros queremos defendernos, demostrarle que estaba tremendamente equivocado.

El joven guardó silencio.

—Además —dijo el marciano—, ha de prepararse, Voy a aplicar una, sustancia a su organismo para que pueda resistir, inconsciente, la caída sobre Marte. Estamos llegando.

—¿Va usted a dormirme?

—Sí.

—¿Inyectándome algo?

—En Marte no se emplean tan bárbaros procedimientos. Colocaré una pastilla sobre su mano y ella sola pasará a la sangre. Es completamente inofensiva.

John se encogió de hombros.

—Al punto a que hemos llegado —dijo—, poco importa lo que se me haga…

CAPÍTULO IV


e despertó con una sensación tan completa de bienestar y una claridad mental tan perfecta, que lo recordó todo inmediatamente, admirando un poco más a su amigo marciano, que había sido capaz de proporcionarle un somnífero como jamás había conocido ninguno.

Se levantó del lecho, oyendo, casi inmediatamente un murmullo creciente, cuyo origen no podía explicarse.

—¡Señor Timún! —llamó.

Nadie le contestó y recorrió la casa sin hallar a su compañero. Presa de una inquietud creciente, se atrevió a levantar los visillos de una de las ventanas de la primera planta.

Más de medio millar de personas rodeaba mi casa. Verdad era que ninguna de ellas pasaba una especie de marca, pintada en el suelo y que, en realidad, no había asomo de policía o algo que se le pareciera.

John miró curiosamente a aquellas criaturas.

Todo lo que había leído, todo lo que tanto influyó en su medrosa niñez, surgió ahora, con tanta potencia que, antes de fijarse en los habitantes de aquel planeta, cerró los ojos, viendo desfilar por su imaginación todas las monstruosas criaturas que habían poblado los sueños de sus jóvenes años.

Al abrirlos, contempló atentamente una de aquellas criaturas, recorriendo su cuerpo con una mirada escrutadora, detallista en exceso.

Era una mujer.

Rubia, sus cabellos le caían en cascada sobre la espalda desnuda. En realidad, su vestido tenía cierta semejanza a los trajes de baño que él había visto en las playas. Una corta falda, de una sustancia brillante, y un «corsage», un poco más oscuro, además de unas medias botas que le llegaban casi, a la rodilla, constituían su total atuendo.

Fijándose atentamente en su rostro, Hervas tuvo que convencerse de su juvenil belleza. Los rasgos eran delicados, los ojos hermosos y grandes y la boca estaba perfectamente dibujada, sin fardo ni pintura alguna.

Junto a ella, un hombre, de alta estatura y de pelo igualmente rubio, iba vestido como un deportista en vacaciones. Y, en aquel momento, apuntaba hacia la casa del americano, con un extraño aparato que pareció a éste una cámara cinematográfica o algo semejante.

Se sintió vejado al imaginar que, de allí en adelante, iba a convertirse en una especie de curiosidad para aquellas gentes; algo así como una fiera que, sin duda alguna, encerrarían en una especie de jaula, exponiéndola a la malsana curiosidad general.

¡Buena jugarreta le había hecho Timún!

Se apartó de la ventana, y fue al salón donde se sentó, encendiendo un cigarrillo y reflexionando profundamente.

Tuvo que convencerse de que nada podía hacer, al menos por el memento. Quizá cuando viese al monarca —no dudaba que sería presentado a él—, lograse convencerle de que debía, dejarle regresar a la Tierra, ya que el haber hablado en un almacén no era motivo para un castigo tan desmesurado.

Por otra parte, íntimamente, no deseaba irse enseguida. Ahora que estaba allí, que era el primer hombre que había llegado a

Marte, quería conocer a fondo a los habitantes, sus costumbres y la civilización. Al volver a su planeta de origen, podría ganar mucho dinero sí le dejaban utilizar su cámara fotográfica o Timún le prestaba su aparato tomavistas.

Entornó los ojos, pensando en la fama, viéndose ya acosado por los periodistas y recibiendo llamadas telefónicas de una Dorothy desesperada por echarse en sus brazos.

Sonrió.

Hubiese dado cualquier cosa por poder dar una buena lección a aquella presumida. Aunque, en realidad, era la más maravillosa joven que conoció jamás.

Recordó entonces a la marciana que acababa de ver y corrió nuevamente hacia la ventana, corriendo el visillo.

Ella seguía allí.

Volvió a mirarla y la encontró perfectamente deliciosa.

«¿Quién sabe?» —se dijo, con una sonrisa don-juanesca en los labios.

Justamente, en aquel momento, la alta silueta de Timún surgió de la masa del gentío, acercándose a la casa. John no lo vio hasta que el marciano dio la vuelta al edificio, ya que la puerta se encontraba al otro lado.

Le esperó en el salón, no sin echar una última ojeada a la joven situada en primera fila.

Timún sonreía al entrar.

—¿Ya despierto?

—Sí. Y si quiere saberlo todo, con bastante apetito.

—Pronto lo satisfará.

—Estoy curioso por saber qué clase de cosas se comen aquí, en Marte.

—No estamos en Marte.

—¿Eh? ¿Qué clase de broma es ésta?

—No es ninguna broma, mi querido Hervas. Estamos en Deimos, uno de los satélites de mi planeta. Ninguna astronave está autorizada a aterrizar directamente en Marte. Ha de hacer una escala en Deimos, donde la comisión médica investiga el estado sanitario de los pasajeros.

—Comprendo. Y todos esos que hay ahí afuera, ¿son pasajeros?

—Es la población del satélite.

—¿Estamos muy lejos de Marte?

—Véalo usted mismo.

Le precedió hasta la puerta, que abrió.

John se quedó asombrado. La masa rojiza del planeta parecía cubrir el horizonte entero, al igual que una tremenda masa que amenazase caer, de un momento a otro, sobre ellos.

—¡Qué cerca está!

—Mucho. Una distancia, aproximadamente, como la que separa Madrid de Buenos Aires.

—¡Es fantástico!

Y cuando hubieron regresado al salón:

—Deseaba hacerle una observación, Timún, pero temo herir o molestar su quisquillosa personalidad marciana.

—Diga, aunque ya sé a lo que se refiere.

—Es igual. Prefiero olvidar que usted es capaz de leer mis pensamientos. Para mi propia comodidad, es mejor hablar como si esa facultad telepática no existiese.

—Como usted quiera.

—Me refería a esa… marciana que he visto allí fuera. La he encontrado estupenda.

—Todas son bellas.

—¿No exagerará?

—No. Al principio, hace tiempo, la belleza de nuestras mujeres dependía, un poco como en las de ustedes, de la habilidad de la cirugía estética. Después, gracias al estudio de la herencia, se han podido influir positivamente lo que podíamos llamar «líneas estéticas» y, a partir de aquel momento las mujeres feas desaparecieron de Marte.

—¡Qué problema!

—¿Por qué?

—Si todas son tan singularmente hermosas, será una cosa horrible para un marciano casadero el decidirse…

—El problema de la elección está completamente descartado.

—¿No irá a decirme que les obligan a casarse con una determinada?

—Nada de eso. La elección ofrece una sería dificultad, pero no por la belleza; en realidad, como ocurre en la Tierra, en última instancia es la mujer la que elige.

—¡No está mal! ¡Si yo tuviese la suerte de que una de esas preciosidades me eligiese!

Timún sonrió, divertido.

—¿Tan aprisa ha olvidado a «su». Dorothy?

—¿Qué viene a hacer esa señorita aquí… tan lejos?

—No se haga ilusiones, Hervas. Ni siquiera una muchacha de la clase «octano» se fijaría en usted.

—¿Qué es eso de «octano»?

—Una de las clases que hay en Marte.

—¿Y usted se atrevía a criticar la democracia americana? ¿Hay clases en Marte? ¡Inaudito!

—No se preocupe tanto, señor Hervas. Ya irá comprendiéndonos poco a poco.

—De todas formas, no irá a negarme que, con lo que acaba usted de decir, no me ha colocado usted a la altura del betún.

Tornó a sonreír el marciano.

—Dejemos eso. El grupo de doctores se acerca en estos momentos.

—¿Cómo lo sabe?

—Acaban de pedirme permiso, mentalmente, para acercarse a la casa.

—¡Ah! ¡Es verdad! Había olvidado su facultad telepática.

Se dirigieron hacia la puerta, justo cuando un grupo de hombres, vestidos todos de manera semejante a los que John había visto por la ventana, se acercaba a la casa. Iban cargados con raros estuches, que llevaban a la espalda, en una especie de mochilas semitransparentes.

Sus miradas, nada más penetrar en la casa, se clavaron en el terrícola, con una curiosidad que no se molestaron en disimular. Al mismo tiempo, susurraban una especie de canto de pájaro, al que Timún respondía de vez en cuando.

John se sintió molesto.

—¿Qué diablos están diciendo? —inquirió, mirando a Timún.

—Están francamente admirados, eso es todo. Le aseguro que no han dicho nada desagradable para usted, todo lo contrario.

—Muy agradecido; pero ¿qué vienen a hacer aquí? Puede asegurarles que estoy perfectamente sano.

—Eso lo dirán ellos. Por el momento, dejémosles ocuparse de la

casa. Podemos sentarnos y fumar un cigarrillo. Es un feo vicio que cogí en la Tierra.

—¿No fuman los marcianos?

—No.

Se sentaron en el salón y encendieron sendos cigarrillos. John contemplaba, con curiosidad, el tejemaneje de aquellos «doctores» que, después de haber sacado multitud de aparatos, los aplicaban por todas partes, sobre los muebles, las cortinas, las paredes y hasta sobre el suelo.

—¿Están buscando algún tesoro escondido? Rezongó el joven.

—Déjelos trabajar. En cuanto hayan terminado con la casa, comenzarán con usted.

—¿Conmigo?

—¡Oh! No se preocupe demasiado; será un simple examen…

—¿Cuándo iremos a Marte?

—Enseguida.

—¿Sabe usted que deseo ver, cuanto antes, a Su Majestad?

—Ya lo sé, pero no se haga ilusiones. Él no decretará su regreso a la Tierra hasta que esté convencido de que es conveniente. ¿Se imagina lo que ocurriría si le dejásemos regresar ahora mismo? Armaría usted tal revuelo, que los desastrosos resultados no tardarían en producirse.

—¿Tan terrible sería?

—Juzgue por usted mismo. Lo más lógico sería que le encerrasen en un frenocomio; pero, aunque, como usted lo ha pensado perfectamente, llevase consigo pruebas fehacientes de su viaje, conozco bastante a sus «coplanetarios», perdóneme este neologismo, para saber, por anticipado, qué clase de reacción producirían las fotos y películas que usted pudiese enseñarles. Al saber que somos pocos y que vivimos dentro de una paz maravillosa, habiendo desterrado las armas desde hace muchos siglos, se dirían que bien valdría la pena de preparar, lo antes posible, una expedición como la que usted imaginaba en el «Planetarium» de aquel almacén. Conquistar a Marte… El viejo sueño de la humanidad, convertido en realidad. No, no creo que podamos dejarle ir, sin ciertas condiciones previas.

—No irán ustedes a borrarme los recuerdos, ¿verdad?

El tono del americano reflejaba claramente un temor que rayaba

en el pánico.

—¿Un lavado de cerebro? No, amigo mío, no es necesario, ni lógico. Si borrásemos sus recuerdos, ¿para qué haberle traído aquí?

—No entiendo, entonces.

—No se esfuerce. Su, mente no está preparada aún para captar muchas cosas que, sin duda alguna, le maravillarán. Dejemos eso, por ahora. Los doctores han terminado y se ocuparán de usted.

CAPÍTULO V


n efecto, los médicos habían terminado y se acercaban a ellos, esgrimiendo sus raros aparatos. De nuevo oyó John el siseo extraño de la lengua marciana.

Timún, después de haber escuchado atentamente, se volvió hacia el joven para explicarle:

—Van a hacerle un examen rapidísimo, Apenas dos minutos.

—¿He de desnudarme?

—Creo que será necesario, pero no para la observación. Le han traído una indumentaria marciana.

Hervas lanzó una carcajada y señalando a los doctores:

—¿He de ir vestido así?

—Sólo hasta que emprendamos el viaje. Sus vestidos le serán devueltos.

John frunció el entrecejo.

—¿Sabe usted, Timún, que sin darse cuenta me están ofendiendo?

—¿Por qué?

—Me tratan como a un miserable vagabundo. ¿Es que esperan encontrar mis ropas repletas de repugnantes parásitos…?

—No sea tan vehemente, Hervas. Venga, desnúdese. Todo estará acabado dentro de poco. Yo también habré de cambiar de ropa.

Pasaron a la alcoba y una vez desnudo, John, con paciencia, dejó que aquellos aparatos, una especie de rodillos velocísimos, pasasen por su cuerpo, recorriéndolo totalmente. Sentado junto a él, Timún le observaba en silencio, con un pliegue humorístico en la comisura de sus labios.

Finalmente, los doctores terminaron y salieron silenciosamente de la estancia.

Habían dejado un traje marciano extendido sobre la cama.

John se lo puso, contemplándose, de reojo y con cierto temor, en el espejo del armario. Luego sonrió; después de todo, no le caía nada mal y parecía que aquel traje le había sido confeccionado a la medida.

Su carne blanca destacaba poderosamente con los cuerpos bruñidos de los médicos, y maldijo no haber ahorrado lo suficiente para haber pasado algunas semanas en Florida, donde su piel hubiese cobrado un color más a tono con el traje que llevaba.

—No están nada mal estos trajecitos —dijo.

—¿Usted cree? La fórmula de estas fibras arruinaría a todos los sastres de la Tierra. Además de ser «isotermas», es decir, que conservan sin cesar la misma temperatura, no deben ser lavadas nunca y duran, aproximadamente, lo que la vida de un terrícola.

—No espere que me admire. Para mí, acostumbrado a cambiar de traje un par de veces al día, la monotonía de éste me llegaría a enloquecer. ¡Y no quiero pensar en lo que diría una mujer de la Tierra si se le obligase a llevar el mismo vestido durante toda la vida!

—Inferioridad mental.

—¿Nos llama usted tontos?

—No es eso; ya le dije antes que la Tierra, por su proximidad al Sol, es un mundo muy «meridional». Según he leído, y visto en el cine de su planeta, los negros del África siguen amando los colores vivos y las plumas sobre las cabezas.

—Pronto dirá que los terrícolas somos caníbales.

—No anda usted muy lejos de la verdad; pero veamos lo que dicen los doctores.

Habló con ellos durante un par de minutos, luego, volviéndose al joven.

—¿Quiere usted saber exactamente la verdad?

—Sí.

—Su linda casa es un verdadero cargamento de microbios, amigo mío. Estos nombres de ciencia acaban de descubrir sesenta especies diferentes, todas ellas virulentas: gripe, enfermedades de la piel, meningitis… y, sobre todo, tuberculosis.

—¿Todo eso… estaba en mi casa?

—Sí, señor. Por fortuna, han sido destruidos totalmente. En cuanto a su persona…

—¿No irá a decirme que estaba lleno de microbios?

—Había bastantes, pero afortunadamente inofensivos. Todos ellos han sido igualmente aniquilados.

—Además, según afirman estos médicos, ha sido usted curado de un comienzo de esclerosis renal y de una enfermedad de hígado producida por su excesivo cariño a las bebidas alcohólicas.

—¿Que yo tenía todo eso?

—Sí, señor. Los primeros detectores lo demostraron completamente; luego, estos rodillos pardos, que nosotros llamamos «normogeneradores», restablecieron su salud de una manera definitiva.

John abrió la boca para decir algo, pero se contuvo.

—Es justo lo que usted piensa —le dijo Timún—. Si la ciencia médica estuviese tan adelantada en la Tierra como en Marte, las cosas irían mucho mejor para ustedes.

John logró que el buen humor borrase de un brochazo todas las tristes ideas que le producía el ir comprobando la tremenda valía de la civilización de aquellas gentes.

—De todas formas —dijo con una sonrisa en los labios—, agradezco a esos doctores por haberme curado tan rápida y definitivamente. Lo malo —agregó-es que no tengo dinero para pagarles, aunque estoy seguro de que hasta en ese punto son ustedes más listos que nosotros.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que habrán suprimido el «vil metal», ¿verdad?

—Se equivoca, mi querido míster Hervas. El dinero, si es a eso a lo que usted se refiere, sigue existiendo en Marte.

—¿Es posible? ¿Quién pagará entonces a los doctores?

—Son gastos exclusivos, por el momento, de la Casa Real. En cuanto a la sorpresa que puedo leer en su mente, respecto a la existencia del dinero, sepa que sin un producto del trabajo, el estímulo, aun en las razas superiores y puramente especulativas, no existiría.

—Eso quiere decir que ustedes perciben un sueldo, ¿no es así?

—Perfectamente. La moneda corriente en Marte es el «cosmos» de oro.

John miró curiosamente a su interlocutor.

—¡Usted sí que debe llevarse un buen pellizco con eso de los viajes, interplanetarios! Porque le darán dietas y gajes extraordinarios.

Ahora le tocó sonreír al marciano.

—No salgo muy mal… —dijo.

Pero el americano apenas le escuchaba.

Se había levantado y acercándose a la ventana corrió el visillo, lanzando una ojeada a la multitud que seguía, rodeando la casa.

«No está mal —pensó—. Después de todo, el que los marcianos sigan manejando dinero y que esos famosos "cosmos" sean de oro, puede ser de lo más importante para ti, John Hervas. Si quieren convertirte en un número de atracción extraordinario, puedes aprovechar, mejor que lo imaginabas, esté forzoso viaje que te han obligado a hacer».

Sintió la presencia de Timún a su espalda y se volvió, con el temor de que el otro hubiese leído sus mercantiles pensamientos.

—Tengo que dejarle, Hervas, pero no tardaré mucho. He de acompañar a los doctores y pedir permiso para que, dentro de unas horas, podamos poner rumbo a Marte.

—¿Qué haré yo entre tanto? ¿Sabe usted que empiezo a aburrirme como un hongo?

—No puede salir de aquí, al menos por el momento. Tenga un poco de paciencia, míster Hervas. Cuando estemos en el planeta, creo que logrará una completa libertad de movimientos.

—¡Ojalá!

Desapareció Timún en compañía de los otros y John los vio

dirigirse hacia el público, que era siempre igualmente numeroso, abriéndose paso entra ellos y desapareciendo repentinamente, como tragados por el gentío.

Volviendo al salón, se sentó y encendió un cigarrillo.

Había dicho al marciano que se estaba empezando a aburrir, y ésa era la verdad. Creía que iba a maravillarse por las cosas que podía ver, pero, en el fondo, estaba un tanto decepcionado.

Entornó los ojos y se vio en Nueva York, paseando por sus iluminadas calles, moviéndose entre el gentío nervioso y apresurado. Deteniéndose ante los elegantes escaparates…

La desesperación empezó a ganarle ladinamente.

«Debía haber matado a este estúpido de Timún, si hubiese sospechado la jugarreta que me iba a hacer».

Pero, al pensar en la juventud que había observado en todos los marcianos, se preguntó si sería posible ponerles fuera de combate por los medios habituales en la Tierra.

«Son unos bichos raros» —concluyó.

Fue en aquel preciso instante cuando oyó perfectamente que la puerta de la casa se abría.

—¿Es usted, Timún? —inquirió sin moverse.

No le contestaron y John se encogió de hombros.

Luego, al oír los cautelosos pasos que se acercaban, se puso en pie, alarmado, pero sin atreverse a salir del salón. Justamente, la oscuridad de la noche de Deimos empezaba a difuminar un tanto las imágenes.

Hubiese dado cualquier cosa por atreverse a ir hasta el conmutador y encender la luz; pero algo extraño y que tenía todas las características del miedo, lo mantenía clavado sobre la raída alfombra del salón.

No podía separar la mirada del pasillo que conducía a la salida. Y la angustia, muy a pesar suyo, fue ganándole poco a poco, hasta convertirse en algo intolerable.

—¿Quién es? —se atrevió a preguntar, pero con voz ronca e insegura.

Tampoco le contestaron.

Estuvo a punto de gritar.

Sobre todo, al imaginar que algo peligroso podía haberse acercado a la casa, aprovechando la ausencia de Timún, se

encontraba completamente desamparado, diciéndose que nada sabía de los peligros que podían presentarse en aquel lejano satélite.

Sin poderlo evitar, las imágenes que le habían asustado en su niñez cobraron forma y llenaron su cerebro de monstruos horrendos, de seres alucinantes, de presencias escalofriantes…

Retrocedió con los ojos desorbitados, mientras los pasos se iban acercando insensiblemente.

Una figura borrosa apareció en el umbral del pasillo.

La luz difusa del rápido anochecer de Deimos le impidió distinguir la silueta que acababa de penetrar en el salón.

Sobrecogido, no se atrevía apenas a respirar.

Pero, ante su sorpresa, la figura borrosa, que había movido la cabeza de un lado para otro, extendió uno de sus brazos. (¿Cuántos tendrá? Se preguntó la alocada imaginación de John) y encendió la luz.

Hervas se quedó boquiabierto.

¡Era la joven que había contemplado por la ventana! ¡La hermosa muchacha que tanto le había impresionado!

Todo su temor se esfumó y las imágenes de su imaginación huyeron, desapareciendo como por ensalmo.

Avanzó dulcemente hacia la joven.

—¡Hola! —dijo, como si acabase de penetrar en un «snake-bar» de la Primera Avenida.

Ella le sonrió, tristemente, sin moverse, y cuando él estuvo a su lado, inquirió con voz dulce pero a la vez medrosa:

—¿Americano?

John asintió con la cabeza.

Le gustaba tremendamente aquella muchacha, Y ahora, al verla de cerca, comprobó, con íntima satisfacción, que no se había equivocado al juzgarla enormemente bella.

—Habla usted el inglés con acento neoyorquino —le dijo.

Asintió ella, con un gesto; luego, palideciendo, dijo:

—No puedo hablar.

Él miró alrededor suyo, como si desease descubrir la causa que impedía que la hermosa joven pudiese decir lo que quisiese.

—¿Por qué?

—No puedo hablar —repitió ella.

Después, en voz baja:

—No puedo hablar… Puede preguntarme lo que desee; le contestaré con gestos.

—¿Hay algún peligro?

Ella dijo que sí, con la cabeza.

—¿No puede explicármelo?

Un gesto negativo.

—¡Que me quemen si lo entiendo! Hasta ahora, por lo que estaba viendo, todo iba bien. Parecían ustedes completamente felices y, ahora, viene usted y empieza con misterios.

La miró fijamente a los ojos.

—¿Tiene usted miedo?

Ella asintió.

—¿Quién puede hacerle daño?

Señaló la muchacha hacia la ventana y ambos se acercaron, descorriendo John ligeramente los visillos.

Al fondo de la noche, Marte parecía algo inmenso y, al mismo tiempo, tremendamente rojo, como si estuviese empapado en sangre.

Ella señaló hacia el planeta.

John se estremeció, haciendo un poderoso esfuerzo por entender; luego, repentinamente, pareció entender el motivo de la voluntaria mudez de la joven.

—¿Teme que lean su pensamiento, eh?

Afirmó ella, repetidas veces, con el mismo gesto de cabeza.

—¿El rey?

La joven se encogió de hombros, como si el ser que Hervas acababa de mencionar no tuviese la menor importancia.

John se rascó la cabeza, Las cosas se complicaban exageradamente y era imposible que sin que la joven hablase pudiese él comprender gran cosa.

La tomó por los brazos y mirándola fijamente:

—Escuche, preciosa: si lo que me tiene que decir es tan importante podría escribirlo. Es posible que no puedan enterarse, si lo hace así. ¿Qué le parece?

Se acercó ella hacia la mesa y John la facilitó su pluma y unas hojas de papel.

Le extrañó la palidez que cubría el rostro de ella.

Colocándose al lado de la muchacha, experimentó, al contacto

de su brazo, una sensación indefinible que, por encima de todos los peligros, le hacía estremecer.

Ella cogió la pluma y se disponía a escribir. Al hacerlo, él se maravilló viendo que conocía el inglés perfectamente.

«No soy marciana. Yo he nacido en…».

De repente soltó la estilográfica y se llevó las dos manos a la garganta. Sus ojos se desorbitaron de una manera horrible, como si una invisible presencia la estuviese estrangulando.

La sangre se heló en las venas del joven.

—¿Qué le ocurre? —inquirió con vea trémula.

—¡Hable, santo Dios!

Ella se desplomó con violencia, bruscamente, retorciéndose en el suelo, como presa de un fulminante ataque. Él se arrodilló a su lado, cogiéndole dulcemente la cabeza, sin saber qué hacer.

Luego, desprendiendo una de sus manos de su garganta, la hundió en uno de los bolsillos de su blusa, tendiendo finalmente una cartulina a John.

Éste, olvidándolo todo, tomó el papel, disponiéndose a leerlo inmediatamente.

Era una sencilla tarjeta de visita.

—Logré esconderla sin que la descubrie…

La joven sufrió un postrer estremecimiento, desplomándose, definitivamente sin vida.

Hervas, con el corazón partido, miró la tarjeta.

MISS COWER. JOAN.
2354, Cuarta Aveni…

¡LA TARJETA HABÍA EMPEZADO A ARDER SOLA!

Hervas se vio obligado, sin terminar de leer, a soltar aquella cartulina, que casi le quemaba los dedos.

Se había apenas repuesto del susto y la sorpresa cuando la puerta de la casa volvió a abrirse y Timún apareció en la estancia.

—¿No le ha ocurrido nada, Hervas?

John, que estaba aún de rodillas junto al cuerpo de la

muchacha, se levantó dulcemente, mirando a Timún con una expresión estúpida en el rostro.

Después, serenándose casi enseguida:

—¿Qué significa todo esto?

El marciano sonrió.

—No hubiese querido que ocurriese, John; pero, por desgracia, no he podido evitarlo. Esta desgraciada padecía una locura que se desencadena brutalmente en Deimos. Por fortuna, no le ha hecho mal…

—¿Tenía esa intención?

—Indudablemente. Si no la hubiésemos matado a distancia…

—¿Eh? ¿Que la han matado? ¿A esta pobre muchacha?

—Ya le he dicho que era peligrosa. Hubiese aprovechado la primera ocasión para matarle a usted.

—¿Y la tarjeta? Había una dirección que no terminé de leer y un nombre de mujer: Joan Cower.

Timún sonrió y acercándose al americano:

—Venga a la otra habitación. Tendré que contárselo todo para que lo entienda.

Y una vez en la otra estancia.

—Esta joven formó parte de la tripulación de una de nuestras astronaves: lo que ustedes llamaban platillos volantes.

—¡No han existido nunca!

—No sea estúpido; ¿va a negarme que ha llegado usted a Marte? ¿Cómo cree que llegué yo hasta la Tierra?

—Es verdad…

—Esa joven marciana formó parte de una de las primeras expediciones. Necesitábamos detalles sobre ustedes, los terrícolas, y ella salió, consiguiendo una interesante documentación. Pero cometió un error: mató a una muchacha y le robó cuanto llevaba encima. Esa tarjeta pertenecía, sin duda alguna, a aquella desdichada. Luego, más tarde, la marciana empezó a padecer sus trastornos mentales. Ya sé lo que está pensando; pero, a pesar de nuestros formidables avances científicos, no hemos logrado aún encontrar la manera de curar esa horrible enfermedad. Eso es todo, amigo mío.

John suspiró profundamente.

—Me ha quitado un gran peso de encima, Timún.

—¿Está usted plenamente convencido ahora?

—Sí.

Pero no era verdad.

Las dudas seguían albergándose en el inconsciente de John; una región mental donde el poder telepático del marciano no podía, afortunadamente, penetrar.

CAPÍTULO VI


o había notado absolutamente nada, pero cuando regresó al salón, seguido de Timún, el cadáver de la joven marciana había desaparecido.

—¿Se la han llevado? —inquirió.

—Se la llevaron hace mucho rato. Antes de que nosotros partiésemos de Deimos.

—¿Es que ya no estamos allí?

—Hace unos minutos que hemos llegado al planeta Marte.

¡En Marte!

John no pudo evitar que una extraña emoción se apoderase de él. Sin saber exactamente por qué, estaba seguro de que su llegada al planeta rojo significaría algo transcendental en su vida.

No podía dejar de pensar en la marciana.

Contra lo que había dicho Timún, no le pareció que aquella joven sufriese la terrible enfermedad mental que había provocado su muerte a distancia.

¿Cómo podían haberlo hecho?

¿Y lo de la tarjeta?

El marciano había soslayado la cuestión, como si no desease hablar de aquel importante detalle.

—Ahora debe descansar un poco. No tardará en amanecer y es posible que Su Majestad desee verle enseguida.

—No tengo sueño y, lo más curioso, ni hambre ni sed.

El marciano sonrió.

—Es la pastilla que apliqué en su piel. En realidad, podrá estar todavía muchas horas sin que tenga que ocuparse de sus necesidades. Ésa es otra de las victorias de nuestra civilización.

Aquello molestó íntimamente al americano.

—¿Quiere que le sea franco, Timún?

—Diga lo que quiera.

—Es verdad que he empezado a maravillarme ante todo lo que he visto hasta ahora. También es cierto que me imagino apenas lo que puedo ver todavía; pero, diciendo lo que siento… ¡empiezo a sentir asco por una civilización que, pareciendo mucho más lograda que la nuestra, ofrece contrastes demasiado fuertes!

—No le entiendo.

—Lo suponía. En mi tierra, los Estados Unidos, es posible que haya muchas injusticias, montones de cosas mal hechas; pero nunca he visto que nadie se meta en lo que uno piensa —y menos que le lean a uno el pensamiento—, y muchísimo menos que le «liquiden» a uno a distancia…

—Creí que había olvidado ese asunto…

—¿Cómo quiere que lo olvide? Además, mi querido señor Timún, no se haga demasiadas ilusiones conmigo; no vaya a creer que estoy obligado a tomar sus palabras por verdades indiscutibles.

—¿Quiere decir con esto que me trata de embustero?

—No llego a tanto; pero tampoco le tomo por la última verdad, ni mucho menos.

—Ya se convencerá muy pronto de que está equivocado.

—Lo dudo.

Timún no contestó.

Se había quedado inmóvil, como hipnotizado, con los ojos en blanco, tieso y rígido, como si estuviese bajo el efecto de una acción cataléptica.

John le sacudió el cuerpo.

—¿Qué le ocurre? —inquirió asustado.

No podía dejar de pensar en la muchacha marciana y temía que Timún fuese, igualmente, muerto a distancia.

—¡Despierte! ¡Despierte! ¡Por favor!

En el fondo, su temor estaba basado en la amistad que, a pesar de todo, sentía por aquel marciano. Era la única persona con la que había hablado y no podía por menos de sentirle a faltar si algo le ocurriese.

—¡Timún! ¡Despierte!

El otro abrió los ojos, mirando extrañamente al terrícola. Luego, unos instantes después, antes de que John le preguntase qué le había pasado:

—Perdone, Me llamaron desde palacio.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que he estado hablando con Su Majestad.

Después de la tremenda impresión que había sufrido, el yanqui lanzó una sonora carcajada.

—¡Qué tonto he sido! ¡Se me había olvidado la clase especial de las comunicaciones que ustedes mantienen entre sí! Francamente, señor Timún, creía que le había tocado a usted el turno.

—No comprendo…

—Está claro, amigo; creí que iban a hacer con usted lo que hicieron con la muchacha…

El marciano, se puso pálido como la muerte.

—¡No vuelva a decir eso, John!

—Está bien, está bien, Perdone si le he molestado.

Timún miró hacia otro lado.

—Vamos a Palacio; nos esperan.

Salieron de la casa. Se dio entonces cuenta Hervas de que la mansión había «aterrizado» en una especie de desierto y que, al contrario de lo que había ocurrido en Deimos, nadie visible aparecía, sino era las colinas interminables que ondeaban hasta el lejano horizonte.

Frunció el entrecejo.

—Creí que me iban a recibir de una manera más calurosa.

—Su Majestad no desea que le molesten de nuevo. No quiere que se repita el desagradable incidente de Deimos.

—Yo tampoco quiero que se repita. No me olvidaré de darle las gracias.

Descubrió el joven, en aquel momento, un alargado vehículo metálico que estaba al otro lado de la casa.

—¿Qué es eso?

—Un aparato que nos llevará rápidamente hasta la ciudad.

El vehículo no contenía más que unos sillones. Nadie le conducía y aquello extrañó a Hervas.

—¿Cómo ha llegado aquí?

—De la misma manera que nos llevará al palacio. Funciona por sí mismo, por medio de un cerebro electrónico.

El aparato, en realidad una aeronave, surcó el espació a toda velocidad, posándose, momentos más tarde, sobre la terraza de un enorme edificio, completamente rodeado, hasta donde llegaba la vista, por otras mansiones de pequeña altura, que alcanzaban apenas tres pisos.

—¿Es la capital marciana?

Timún asintió, sin decir nada más.

Una vez fuera del vehículo, marcharon sobre la terraza hasta una especie de cavidad iluminada, que resultó ser un ascensor que los condujo a bastante velocidad hasta detenerse junto a una puerta, que se abrió nada más salir ellos de la caja del aparato.

¡El salón del trono!

Estaba casi completamente vacío y los objetos que Hervas vio por todas partes no le decían absolutamente nada, ya que no comprendía su significado y su utilidad.

Al fondo, en un trono como el que se veía en las ilustraciones de los cuentos infantiles, estaba sentado un hombre —joven como todos los que hasta entonces había visto el terrícola— y que le hizo un gesto amistoso, invitándolo a acercarse.

John no supo qué hacer, limitándose a inclinarse un poco, en una reverencia que, en el fondo, le pareció ridícula.

Por otra parte, había imaginado que el monarca marciano tuviese otro aspecto, que la Corte hubiese sido, al menos, tan suntuosa como las pocas que quedaban en la Tierra.

Al levantar la cabeza y mirar nuevamente al monarca, John experimentó la rarísima sensación de haber visto, en otra parte, aquel rostro. Hasta entonces y desde que había entrado allí, no tuvo

tiempo de observar detenidamente a aquel hombre que regía los destinos de los marcianos.

—Bienvenido a nuestro planeta, Hervas —le dijo el monarca—. Timún me ha hablado mucho de la propaganda absurda y negativa que de nosotros hacías en la Tierra; pero, en verdad, después de estudiar detenidamente tu caso, he llegado a la conclusión de que no eras; ni mucho menos, el culpable directo de ello.

John no dijo nada esperando que él otro prosiguiese su apenas iniciado discurso.

—Estoy seguro —dijo el rey— de que cuando regreses a la Tierra desharás, con las pruebas que te proporcionaremos, todos los equívocos que una literatura fantasiosa ha creado sobre Marte y sus habitantes. Es mi deseo que se establezca entre nuestros dos planetas una corriente de simpatía y amistad, ya que nuestras investigaciones astronómicas, mucho más adelantadas que las vuestras, nos han demostrado palpablemente que sólo la Tierra y Marte están habitados. Estamos dispuestos a que la civilización terráquea se aproveche de todo lo que nuestra técnica conoce. ¿No te parece buena mí idea?

—Excelente, Majestad. En realidad nunca creí que mi fabulosa aventura acabase mal. Desde que Timún me demostró que era un marciano y pude comprobar que era tan humano como cualquier habitante de la Tierra, comprendí que entre seres igualmente constituidos se podía llegar a establecer relaciones amistosas.

—Me alegra oírte hablar así, amigo mío.

—De todas formas, ruego a Su Majestad que me permita decirle la sensación de extraña tristeza que me parece ver en vuestra civilización. No hay duda de que ustedes están muchísimo más adelantados que nosotros; pero, a pesar de nuestros defectos, hay más alegría en las gentes que pueblan la Tierra que en las que habitan Marte.

El monarca parpadeó sensiblemente y después de dirigir una rápida mirada a Timún.

—Es curioso lo que dices —repuso—. Pero tienes que tener en cuenta que nosotros hemos pasado hace muchísimo tiempo el estado infantil que los pueblos de, la Tierra padecen. Disfrutamos de una civilización privilegiada y eso nos complace hasta donde tú no puedes imaginarte.

—Puede ser que esté equivocado; de todas formas, no podía dejar de decir lo que sentía.

—Has hecho muy bien.

Hubo un corto silencio.

John, que no separaba los ojos del rostro del monarca, se preguntaba incesantemente dónde podía haber visto antes aquella cara. Su mente trabajaba intensamente; pero, por el momento, no llegaba precisar ningún recuerdo concreto.

El rey marciano volvió a hablar.

—Hemos forjado un plan, destinado a iniciar las relaciones entre nuestros mundos. Creo que lo mejor sería invitar, primeramente, a los sabios más reconocidos por vosotros. Ellos, mejor que nadie, podrían informarse directamente del estado de nuestra civilización y establecer las premisas para un tratado de amistad.

—Me parece excelente.

Pero, en realidad, apenas si escuchaba las palabras del otro. Su cerebro seguía buscando, incansablemente, aquella imagen que tan seguro estaba de guardar en el fondo de su memoria.

—¿Podría visitar la ciudad? —inquirió, aprovechando una pausa.

—No creo que sea posible. Tienes que comprender el estado de ánimo de la población. Todos han oído hablar de la llegada de un habitante de la Tierra y, como carecemos de fuerzas policíacas, se producirían tumultos siempre desagradables. De todas formas, Timún puede sobrevolar la ciudad y mostrártela cuanto quieras.

—Muchas gracias. ¿Puedo hacer una pregunta?

—Sí.

—¿Han visitado ustedes mucho la Tierra?

—Muchísimo. Conocemos la mayor parte de sus grandes ciudades y casi todas sus lenguas. Es un mundo joven, pero muy interesante.

—¿Por qué mataron a aquella joven a distancia?

Había hecho la pregunta de una manera inesperada, jugándose el todo por el todo y con la mirada fija en el rostro del monarca. No estaba seguro de haber obrado lealmente, pero algo impreciso le había empujado a ello.

—¿Cómo? ¿HA VUELTO A MATAR?

Había hablado rápidamente, mirando también a Timún y

palideciendo intensamente.

Pero todo aquello no duró más de un par de segundos.

Repentinamente, y como le había ocurrido a Timún en otra ocasión, el monarca se quedó tieso, con los ojos extrañamente entrecerrados, como bajo un efecto hipnótico potente.

John se mordió los labios.

Cada vez veía menos claro en todo aquel complicado asunto:

Al cabo de medio largo minuto, dentro de un silencio impresionante, el rostro del rey de los marcianos cobró vida y expresión. No miró siquiera al joven, sino que, dirigiéndose directamente a Timún:

—Llévatelo a su casa.

Momentos más tarde, el aparato pasaba, como una exhalación, sobre la ciudad.

El marciano permanecía hermético y Hervas no logró sacarle de un mutismo que, a todas luces, le parecía antinatural.

¿Qué les ocurría, en realidad?

¿A qué clase de mundo había llegado?

Sólo cuando llegaron a la casa, John experimentó un poco de calma. Timún, luego de haber entrado en el salón, habló por vez primera:

—Le ruego, señor Hervas, que no abandone esta casa por nada del mundo… hasta que yo vuelva. Sería sumamente peligroso.

John asintió con la cabeza.

Luego, al hallarse solo, corrió, como inspirado por una idea luminosa, hacia la pequeña biblioteca que tenía en la casa y que había volado, como los otros enseres, hasta Marte.

Uno a uno, revisó los libros, en busca de lo que le atormentaba. Cuando terminó de consultarlos y la desesperación empezaba a acuciarle, una nueva idea vino en su ayuda.

Dejando los libros en el suelo, junto, al mueble biblioteca, se precipitó hacia uno de los armarios empotrados donde guardaba las viejas revistas.

Trabajó toda la noche.

Amanecía casi cuando en un número de «Life», de hacía tres años, encontró lo que deseaba hallar.

Era un artículo consagrado a las investigaciones atómicas en los Estados Unidos. Una buena docena de fotografías mostraban los

rostros de muchos investigadores y, entre ellos, los de los dos ingleses que habían escapado para llevar a Rusia los secretos atómicos británicos.

Pero no era aquello lo que interesaba a Hervas.

Un poco más abajo, dos fotos representaban el rostro de uno de los sabios más preparados de América: el profesor Henry Tolpez. Su historia se relataba en un ameno artículo y las dos fotos le mostraban a la edad de treinta años la una, recién salido de los laboratorios del Estado de California y a los cincuenta años la otra, cuando ya había llegado al pináculo de la fama.

John miró, como hipnotizado, la primera de las dos fotografías.

Porque, aquel hombre, ERA EXACTAMENTE, sin duda alguna, EL MONARCA DE LOS MARCIANOS.

Allí, en la parte final del artículo, se hablaba de la misteriosa desaparición de un hombre de ciencia del que tanto podían esperar las investigaciones atómicas occidentales.

CAPÍTULO VII



cuando la luz del Sol, mucho más débil que en la Tierra, penetró por las ventanas de la casa, Hervas se extrañó poderosamente de seguir, tan fresco y dispuesto como siempre, sin experimentar cansancio alguno.

El ambiente del salón estaba sobrecargado del humo de los cigarrillos que había fumado durante la noche y John sintió la imperiosa necesidad de salir fuera.

Una vez en el exterior de la casa, respiró con fruición el aire fresco de la mañana. Fue entonces cuando recordó que había leído que la atmósfera de Marte no era respirable.

Sonrió al imaginar la cantidad de sorpresas que se llevarían los científicos de la Tierra cuando conociesen lo que él sabía. Desde luego, se habían forjado demasiadas teorías y dicho demasiadas tonterías sobre los planetas del Sistema Solar.

El terreno que rodeaba su casa era desértico y ondulado. Al menos, en aquel detalle, los astrofísicos terrestres no se habían

equivocado, ya que Marte estaba casi enteramente cruzado por desiertos inhóspitos. Una serie de suaves colinas constreñía el horizonte visible, limitándolo a extensiones de un centenar de metros, aproximadamente.

John andaba con una extraordinaria facilidad, debido a la menor gravedad de Marte, avanzando alegremente, sin la menor muestra de fatiga.

Atravesó una serie de ondulantes colinas y ya se disponía a regresar, temeroso de que Timún supiese que no había obedecido sus órdenes, cuando un rumor no muy lejano le hizo prestar oído.

Eras voces; voces humanas que llegaban, como un murmullo, desde detrás de la colina que tenía ante él. Curioso, se dijo que podría echar una ojeada y volverse rápidamente a la casa.

Ascendió velozmente por la pendiente de la colina, hasta llegar a la cima. El espectáculo que se ofreció a sus ojos, le hizo estremecerse.

Un millar de seres humanos, hombres y mujeres, trabajaban, manejando una especie de perforadoras, en lo hondo de una cañada, sembrada de montones de tierra rojiza. Todos ellos iban vestidos a estilo marciano y, por lo que vio el joven, nadie les vigilaba.

Los montones de tierra le ocultaban, casi por completo, a la vista de los trabajadores. Además, éstos parecían preocuparse de su labor y su atención estaba fija en los aparatos que manejaban.

La curiosidad de John pudo más que su prudencia.

Con cuidado, sirviéndose de los montones de tierra para avanzar sin ser visto, fue acercándose hacia uno de los grupos, el más próximo. El ruido de sus pasos era ahogado por el trepidar de las perforadoras que, aunque mucho menos escandalosas que las de la Tierra, producían, no obstante, un rumor lo bastante intenso para acallar los demás rumores.

A pesar de todo, el rumor de las conversaciones; dominaba, por momentos, al ruido de las máquinas.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca del grupo hacia el que se había dirigido, John se estremeció al escuchar parte de la conversación que aquellas criaturas tenían entre ellos.

¡ESTABAN HABLANDO EN FRANCÉS!

Sorprendido, pero sin entender una sola palabra, Hervas siguió

moviéndose hacia otro grupo y así, en el corto recorrido que realizó, escuchó conversaciones en muchas lenguas, preguntándose ansiosamente, lo que podían decirse aquellos trabajadores.

Le extrañó también que las mujeres, todas ellas tan jóvenes como los hombres, laborasen en completa igualdad que los varones.

¿Es que no había viejos en Marte?

Finalmente, cuando se detuvo ante uno de los últimos grupos de los situados detrás de los montones de arena, se estremeció al oír su lengua nativa.

Escuchó ansiosamente.

«—¿Cuántos años crees que hace que estamos, aquí, Thomas? —preguntaba uno de ellos.

»—La he olvidado —repuso el otro—. Sólo puedo decirte que cuando salí de la Tierra acababa de empezar la guerra entre Alemania y Francia. Estábamos, si mal no recuerdo, en 1914… Yo tenía, por aquel entonces, sesenta años…

»—¡Eres un niño, Thomas! Yo conocí la entrada de las tropas nordistas en Nueva Orleáns…

John tuvo que apoyarse en el montón de arena. La cabeza le daba, vueltas.

«Debo estar perdiendo la razón», pensó aterrado.

Y como si temiese la realidad de tal amenaza, giró sobre sus talones, corriendo, desesperadamente y no deteniéndose hasta llegar a su casa, cuya puerta cerró detrás de él, penetrando velozmente en el salón.

TIMÚN ESTABA ALLÍ.

Hervas no le miró siquiera.

Se dirigió directamente al mueble bar, que le habían dejado y se sirvió un vaso de «*whisky*», respirando después profundamente y dejándose caer en uno de los sillones.

Timún le miraba, en silencio.

Una rabia sorda se estaba apoderando de John, empezaba a estar harto de tantos absurdos. Así, levantándose, se acercó, al marciano.

—¿Por qué no me echa la bronca que estoy esperando, «guardián»?

El otro no contestó.

—Ya puede ir diciendo a su monarca de todos los diablos que

puede hacer lo que quiera conmigo. Pero que no cuente con mi apoyo para embaucar a más terrícolas. Preferimos vivir allí, lo que la vida nos de y no estar aquí, trabajando como esclavos y medio locos.

—Ha hecho muy mal en desobedecerme —dijo el otro—. Si se hubiese portada correctamente, hubiese sacado infinitos beneficios…

—¡Guárdense todos los beneficios! Nunca he pensado en ser un mercader de esclavos…

—No debe hablar así. Usted no entiende nada de lo que le rodea y no puede permitirse la audacia de juzgar lo que no conoce, Voy a hacerle una última proposición, míster Hervas: si nos obedece y olvida cuanto ha visto, será inmensamente rico y poseerá lo que se le antoje…

Hurgó en un invisible bolsillo y sacando una moneda se la tendió al joven.

Hervas la tornó y la sopesó, maravillándose del peso y de la excelente calidad del oro de que estaba hecha.

—Es tal la densidad de ese oro —siguió diciendo el marciano—, que ése sólo «cosmos» vale mil dólares. ¡Imagínese si le dijese que podemos entregarle varios millones de «cosmos», si cumple lo que se le ordene! Será usted el hombre más poderoso de la Tierra…

Un desagradable calor subió a las mejillas de John. Al mismo tiempo, un desagradable sabor de boca le hizo tragar saliva con dificultad, haciendo una mueca, como si tuviese la boca llena de hiel.

Tiró la moneda, con rabia, al suelo.

—¡Voy a demostrarle cómo piensa un atrasado americano del innoble trato que me ofrece!

Su puño derecho chocó brutalmente contra el rostro del marciano. Éste, rehaciéndose velozmente, se lanzó contra el joven. Pero Hervas había hecho muchísimo deporte y le esperó a pie firme, con un gesto de desprecio.

Sin embargo, el marciano logró, con una habilidad con la que no contaba el joven, cogerle por la cintura y arrastrarle al suelo. Las manos de Timún se cerraron fuertemente sobre la garganta del americano.

No tardó éste en sentir una creciente dificultad para respirar.

Fue entonces, en aquel momento, cuando sus dedos tropezaron con la botella de «*whisky*» que había caído al suelo. Cogiéndola por el cuello, reunió todas sus energías, golpeando la cabeza de su enemigo.

La presión de los dedos cedió en su garganta.

Al levantarse, aun casi completamente mareado, Hervas se apoyó en el sillón y observó el cuerpo inmóvil de Timún.

En contra de lo que podía esperar, no tenía miedo alguno a lo que, sin duda alguna, seguiría. Y no le asustaba el castigo que, indefectiblemente, le sería impuesto.

Permaneció unos minutos, respirando aún con dificultad, hasta que vio que Timún empezaba a moverse. Cuando el marciano abrió los ojos, había en su mirada algo nuevo que sorprendió grandemente a John.

Aquellos ojos expresaban miedo; un miedo indecible…

—¡Sáqueme de aquí, amigo mío! ¡Sáqueme de aquí! ¡Yo tampoco soy marcia…!

Hervas se quedó boquiabierto. Jamás hubiera esperado una sorpresa de aquel género, aunque sospechaba de la verdadera identidad de la muchacha que había sido muerta a distancia en Deimos.

Se arrodilló junto a Timún, olvidando todo lo que el otro —marciano o no— le había dicho momentos antes.

—¿Qué ha dicho usted? —inquirió, como si se negase a dar crédito a lo que había oído.

El rostro del otro expresaba claramente un esfuerzo que debía corresponder a una angustia indecible.

—¡He logrado desconectarme, John! Lo venía intentando desde que volví a la Tierra; pero allí me fue completamente imposible. Él no puede acaparar a todos los desdichados a los que ha convertido en esclavos.

La cabeza le daba vueltas a Hervas.

—¡Hable claro, por el amor de Dios! ¡No entiendo ni una sola palabra!

Una triste sonrisa contrajo los labios de Timún.

—¿Ha visto a los que trabajan en la mina de oro?

Sí.

El cuerpo de Timún empezó a temblar.

—No me dejará vivir mucho tiempo… ¡ESTA BUSCÁNDOME PARA IR A MATARME!

John se estremeció de pies a cabeza.

—¿No puedo hacer algo para impedirlo?

Movió el otro la cabeza, con un gesto negativo.

—Nada, amigo mío —luego, haciendo un esfuerzo escalofriante —. Vaya a la mina y pregunte por Spencer. Ninguno de esos desdichados está controlado; pero no le será fácil entenderse con ellos… ¡DEBÍAN ESTAR MUERTOS HACE MUCHOS AÑOS!

Más que exclamación fue un grito el que brotó de la garganta del terrícola:

—¡No entiendo nada, Timún!

—No importa; ya lo entenderá. Spencer es el único de nuestra época. Hable con él. Antes de ser condenado a trabajar en las minas, conoció todo lo que yo conoz…

Se estremeció brutalmente, quedando completamente inmóvil.

John le contempló silenciosamente. Una tremenda angustia se había apoderado de él. Todavía no comprendía absolutamente nada, pero estaba seguro de que un terror espeluznante reinaba allí.

* * *

Esta vez sí que enterró a la nueva víctima del poder desconocido.

Después de colocar una rústica cruz sobre la tumba de Timún, marchó hacía la mina de oro, meditando profundamente en todo lo que acababa de acontecer.

El esfuerzo al que estaba sometiendo a su cerebro le producía un horrible dolor de cabeza; pero, poco a poco, aún dentro de lo restringido de su conocimiento, iba intuyendo las causas que reinaban despóticamente en aquel maldito planeta.

Todo lo que el pobre Timún había logrado desterrar de su mente: los espeluznantes relatos que había leído en su juventud volvía ahora con una fuerza irresistible, rodeándole de imágenes fantasmagóricas.

Por otro lado, el miedo había hecho presa en él.

Se había dado cuenta del extraño poder que dominaba a aquellos desdichados y temía que la fuerza misteriosa que era capaz

de matar a distancia, cayese súbitamente sobre él; dejándolo allí mismo, en aquel desierto, cerrada toda posibilidad futura de salvación y huida.

Aunque, pensándolo serenamente, la salida de Marte le parecía como la más loca utopía que hubiese soñado un ser humano.

Finalmente, cuando después de escalar las colinas rojizas, vio nuevamente a los hombres que trabajaban, las palabras de su extraño amigo sonaron con fuerza en sus oídos.

Otra vez, con el mismo cuidado que la anterior, avanzó protegido por los montones de arena. Y de nuevo oyó a aquellos hombres hablar en casi todas las lenguas de la Tierra.

Por último, al oír hablar inglés, observó el grupo junto al que estaba, preguntándose si haría bien en mostrarse ante ellos.

Se decidió.

Los hombres, dejaron de trabajar y le miraron fijamente. La sorpresa se leía en todos los rostros.

Y nuevamente, para su asombro, comprobó Hervas que todas aquellas criaturas eran tremendamente jóvenes.

—¿Hay alguno entre vosotros, que se llame Spencer? —inquirió, no sin un estremecimiento en la voz.

Uno de ellos, de pelo rojizo y anchos hombros, se acercó a él.

—Yo soy Spencer. ¿Qué quieres?

Por la forma que había cogido su perforadora, John se percató de que no era precisamente la confianza y la amistad lo que se leía en aquella mirada decidida.

—Me manda Timún —dijo sencillamente.

Todo el aspecto agresivo del otro desapareció como por ensalmo.

Dejó la perforadora en el suelo y volviéndose a los otros:

—De momento es mejor que sigáis trabajando. No tardarán en venir y no conviene quedarse sin comer.

Luego, adelantándose, tomó a John por el brazo.

—Vamos detrás de ese montón de arena. Allí nadie nos molestará.

El tono de su voz estaba cargado de inflexiones amistosas y Hervas se sintió inmediatamente atraído hacia aquel hombre.

Cuando estuvieron tras el montón de arena, Spencer se sentó en el suelo, haciendo un gesto de invitación a John para que le imitase.

—¿Ha logrado Timún «desconectarse»?

—Sí, pero ha muerto.

Spencer apretó los labios, palideciendo intensamente.

—¡Timún, muerto! —dijo, como hablando consigo mismo.

Hervas guardó silencio hasta que el otro le miró nuevamente.

—¿Quién eres tú?

Hervas le contó detalladamente su fantástica aventura. El otro le escuchó, sin interrumpirle ni una sola vez.

—Esto es todo —concluyó el joven—. Aunque comprenderás que sigo sin entender absolutamente nada.

—Lo imagino. Sin embargo, no creas que es cosa fácil explicártelo. Por fortuna, yo soy uno de los pocos que puede informarte. Por algo fui rey de Marte durante varios años.

—¿Tú… rey de Marte?

El otro sonrió débilmente.

—No te extrañes. Después de todo y si nada hubiese sucedido, tú lo hubieses sido dentro de poco. Al cabo de un mes de estar aquí, caerías inevitablemente bajo su control.

—Sigo sin entenderte.

—Enseguida vas a ver claro. Los marcianos, hace muchísimos años, siglos en realidad, existieron. Nunca tuvieron apariencia humana, aunque estaban dotados de una inteligencia portentosa. Su civilización, muy especial por cierto, duró muchos milenios, consiguiendo sobrevolar la Tierra en muchísimas ocasiones. Los hombres de las centurias pasadas no estaban preparados para comprender que muchos de los cuerpos celestes que ellos llamaban «cometas» eran, en realidad, astronaves procedentes de Marte.

—Comprendo.

—Es casi seguro que los marcianos no llevasen propósito alguno en sus viajes a nuestro planeta, salvo la curiosidad. Deseaban estudiarnos y lo hicieron a conciencia durante media docena de siglos. Después ocurrió lo peor. Marte empezó a despoblarse misteriosamente. Como es sabido, existe una ley inexplicable que destroza, todo lo que es demasiado perfecto. Y los marcianos habían llegado al óptimo de una civilización que sin ser envidiable, había solucionado todos los problemas fundamentales. Desde entonces, los marcianos empezaron a morir como moscas.

—¿Una enfermedad?

—La de su propia superioridad. Como ocurrió con Egipto, con Grecia y con Roma, el colosal Imperio de Marte degeneró y sus cuerpos, que habían logrado una vitalidad extraordinaria, se descomponían, convirtiéndose en carroña…

—¿Entonces?

—Espera. Para buscar una salida a aquella especie de aniquilamiento cósmico, los marcianos realizaron algo francamente extraordinario, pero antes de poner en práctica el colosal experimento; empezaren a traer seres humanos que capturaban en la Tierra. Eso formaba parte de su proyecto.

—Apenas si te entiendo, Spencer —le interrumpió Hervas.

—Un poco de paciencia. Ya te he dicho que los organismos marcianos degeneraban rápidamente, el peligro de una desaparición total se estaba convirtiendo en una realidad imparable. Entonces, después de conseguir la captura de algunos millares de terrícolas, capturados en todas las partes del mundo y que conservaron en un espacio donde había atmósfera para que los prisioneros pudiesen vivir, procedieron al experimento más fantástico que pudo imaginarse jamás.

Hubo una corta pausa; después:

—¿Qué hicieron? —inquirió John, medio muerto de curiosidad.

—¡Mataron sus cuerpos! Dos millares de marcianos se reunieron en un inmenso laboratorio y se sacrificaron, entre las manos de sus sabios, dejándose extraer el cerebro. Todos aquellos cerebros, unidos en una masa inatacable, fueron encerrados en una especie de esfera, de una sustancia aislable… donde siguen aún.

—¡Qué horror!

—Eso no podrás decirlo hasta que lo veas con tus propios ojos.

—¡No quiero verlo nunca!

—No tendrás más remedio; pero déjame proseguir. Ya te habrás dado cuenta de que los marcianos, al traer a este planeta a seres humanos, se habían provisto de brazos y de movimientos, cosa que ellos ya no podrían tener jamás.

—Comprendo.

—Pero no pararon ahí. Conociendo la raza humana y sus debilidades y limitaciones, trataron a todos los prisioneros con unos fármacos que habían descubierto, rejuveneciéndolos y garantizándoles una existencia de más de mil años…

—¿Es verdad entonces que esos que trabajan contigo debían haber muerto hace muchísimo tiempo?

—¿Quién te lo dijo?

—Timún.

—Es verdad. Aquí hay hombres de muchas épocas, mezclados de una manera que haría enloquecer al más sensato. Junto a criaturas como tú y yo, que pertenecemos al siglo Veinte, hay hombres de la Edad Media y hasta gentes que conocieron a Cristóbal Colón.

—¡Es inaudito!

—Todo lo que quieras; pero es verdad.

Guardaron silencio unos instantes.

Hervas estaba profundamente conmovido y la cabeza le daba vueltas. Una angustia desagradable se había apoderado de él y respiraban a un ritmo acelerado, como si estuviese siendo presa de una pesadilla horrenda.

—¿Cómo es posible —inquirió al fin— que vosotros no estéis controlados por esa monstruosa reunión de cerebros?

—Es muy fácil de explicar —repuso el otro—. Ya te dije antes que la cápsula de palacio no contiene más que dos mil cerebros marcianos. Ellos, como ya habrás podido comprobar personalmente, dominaban la telepatía de una manera formidable; pero siempre limitada a la acción de un cerebro suyo por cada uno que controlan. Así ocurre que sobre los millones de terrícolas que están aquí prisioneros, sólo dos mil obedecen ciegamente; es decir, están «conectados» con el Poder Central; el resto es, irónicamente, completamente libre. Está realmente sometido a los que mandan, que son, naturalmente, los «conectados».

—¡Pero Timún logró «desconectarse»!

—Es natural. La acción telepática no puede durar más de unos tres años. Después, el cerebro sometido empieza a liberarse. Por eso están obligados a seguir capturando seres humanos para renovar sus «cuadros de mando». Timún acabó su «dependencia telepática» hace unos instantes. Por fortuna, el golpe que le diste le «desconectó» rápidamente, antes de que ELLOS le mandasen a las minas, porque ya les era inútil. Yo también permanecí «conectado» durante tres años. Mis especiales características me hicieron ser rey.

—¿Por qué motivo?

—Porque fui químico en la Tierra.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Has estado en palacio, ¿verdad?

—Sí.

—Te habrá extrañado, como me ocurrió a mí, aquel salón del trono, repleto de aparatos y que más me pareció un laboratorio que otra cosa. El rey es el encargado de producir las sustancias, «bioestimulinas», que cada día vierte en la gigantesca redoma que contiene los dos mil malditos cerebros. Ellos han de «comer»; sin ello perecerían…

CAPÍTULO VIII



l silencio que siguió a las últimas palabras de Spencer fue singularmente significativo para ambos jóvenes.

Fue John quien lo rompió.

—¿Y no podemos hacer nada para terminar de una vez y para siempre con esta tremenda pesadilla?

—Sí.

—¿Qué?

—Realizar el sueño de todos los que, por desgracia, estamos aquí.

—¿Cómo lo haremos?

—Destruyendo el maléfico poder de esos monstruos. Aunque perdiésemos la vida en el empeño, haríamos un favor incalculable a los que, allá lejos, en la Tierra, están expuestos, sin saberlo, al peor de los infiernos.

—¿Tienes algún plan concreto?

El otro asintió con la cabeza.

—Iremos a palacio. Yo me quedaré fuera y tú entrarás para entrevistarte con el rey.

—¿Crees que me recibirá?

—Completamente seguro. Tú mismo sabes que cuentan contigo para realizar un plan que les preocupa hace tiempo. Quieren hacer que un grupo importante de sabios terrícolas vengan a visitar el planeta Marte. Naturalmente, ninguno de ellos volvería jamás. Los marcianos les utilizarían para llevar a cabo el proyecto que desean realizar desde hace mucho tiempo.

—¿De qué se trata?

—De invadir la Tierra. Y serían los mismos seres humanos, «conectados» a los cerebros, los que llevarían a efecto la invasión.

—¡Es horrible! ¿Y cómo no lo han hecho antes?

—No podían. Casi la totalidad de los humanos prisioneros en Marte son demasiado viejos para salir de aquí. En cuanto cambiasen las condiciones ambientales, la ley vital se impondría y todos ellos morirían indefectiblemente.

—Comprendo.

Por eso urge ir a palacio. Ellos desean entregarte oro, en cantidad, para lograr sus deseos. Muéstrate dócil y aguarda la primera ocasión para matar al rey.

—¿He de matar a ese ser humano?

—Comprendo tus escrúpulos; pero no hay más remedio. Además, para tu mayor tranquilidad, te ruego que no consideres al monarca como a un ser humano. Once cerebros marcianos se preocupan de él. Es un «superconectado» de fidelidad a toda prueba.

Hervas suspiró profundamente.

—Comprendo. Lo haré, no pases cuidado. ¿Dónde estarás tú entre tanto?

—A la puerta de palacio. En cuanto hayas quitado de en medio al monarca, me llamas, sin perder tiempo. Yo sé la manera de obrar.

—Vamos cuando quieras.

—Utilizaremos el vehículo que ha traído a Timún. Durante todo el trayecto, tú no deberás pensar en mí, ni en nada de lo que hemos hablado. ELLOS analizarán tus pensamientos durante el viaje. Si cometieses la torpeza de pensar en algo, jamás te dejarían entrar en

palacio.

—Haré lo imposible.

—Piensa en el oro, concentra tu mente en la riqueza que van a darte y no dejes que ninguna otra clase de idea te penetre.

—Así lo haré.

Y cuando estaban junto al aparato:

—¿Quién lo guiará? —inquirió Hervas.

—El solo. Desde el preciso momento que entres ahí dentro, ELLOS se comunicarán telepáticamente contigo, sin que tú te des cuenta. Y el aparato, si les convences de tus «buenas intenciones», nos llevará directamente a palacio. Recuerda también que tu comedia mental ha de seguir ante el rey y que has de lanzarte sobre él, sin que pueda adivinar tus ideas.

—Lo procuraré.

Penetraron en el aparato y John ocupó uno de los asientos delanteros. Por su parte, Spencer se colocó en un rincón de popa.

Pasaron unos minutos interminables para Hervas. Obedeciendo las instrucciones que el otro le había dado, se puso a pensar en todas las cosas que podría comprar con el dinero que los marcianos iban a darle.

Mentalmente, se paseó por todos los grandes almacenes de Nueva York y se puso a comprar todas las cosas que había deseado ardientemente durante toda su vida.

Súbitamente, el aparato se puso en marcha y hendió el espacio como una exhalación plateada.

Detrás de John, Spencer entreabrió los labios con una sonrisa de triunfo.

Al detenerse junto a palacio, en la terraza en que había aterrizado la primera vez, Hervas, recordando los consejos de su nuevo amigo, no se volvió siquiera para mirarlo. Bajó del vehículo aéreo y se dirigió tranquilamente hacia la puerta, que ya estaba entreabierta.

Atravesó, con paso decidido, las estancias que había recorrido en compañía del desdichado Timún; luego, al llegar junto a la puerta del salón del trono, experimentó, sin poderlo evitar, una emoción que hizo que su corazón latiese más aprisa.

Pero aquello no podía despertar las sospechas de los cerebros, ya que era la cosa más natural del mundo.

El monarca estaba, como siempre, en su sitio.

Una sonrisa amable flotaba en su rostro y John hubo de hacer un esfuerzo sobrehumano para no pensar en que debía matar a aquel hombre que, después de todo, no le había hecho nada malo.

—Pasa, amigo mío —le invitó el monarca.

Al acercarse, vio el terrícola dos enormes sacos que el rey tenía sobre una mesa vecina.

Hubo un largo silencio entre ellos.

—¿Estás decidido a que establezcamos relaciones amistosas con la Tierra?

—Sí, Majestad.

—Estaba seguro de que vencerías completamente tus dudas. No te preocupes; podrás comprar todas las cosas que sueñas y muchas más.

—¿Cuándo he de regresar a la Tierra?

—Muy pronto. Falta muy poco para que pases a ser uno de los nuestros. Entonces podrás regresar a tu planeta y, además de ser rico y poderoso, te convertirás en el hombre más célebre de todas las épocas.

—Habré de llevar pruebas para convencer a los sabios terrícolas.

—Las tendrás en cantidad suficiente para convencer a los más incrédulos: una docena de astronaves gigantes te acompañará. Así podrás hacer extensiva la invitación a gran número de sabios.

—Perfectamente.

—Nos interesa que pertenezcan a todas las ramas del saber. Pero, sobre todo, invita a los que se han hecho célebres en estudios atómicos. Aquí poseemos uranio en cantidad ilimitada y podremos obsequiarles con técnicas que les sorprenderán.

—Estoy seguro de ello.

El rey marciano señaló los sacos.

—Ahí tienes la primera parte de la suma que te hemos prometido. Hay medio millón de «cosmos». Un procedimiento especial, situado en el fondo de los sacos —una pequeña máquina «antigravitatoria»—, ha suprimido el peso totalmente. ¡Pruébalo!

Temblando —cosa que el rey podía tomar por emoción—. John se acercó a les sacos y los tomó, con la mayor facilidad del mundo. Sin embargo, estaba seguro de que, por su volumen y contenido, debían haber posado más de cien kilos cada uno.

—¿Te convences?

—Completamente, señor.

—Y eso no es más que una pequeña parte de lo que recibirás. Pero hemos querido, desde el principio, que a tu regreso a la Tierra puedas colmar todos tus caprichos.

—Gracias.

El subconsciente de John trabajaba a toda marcha. Una mirada hacia los aparatos que le rodeaban le hizo descubrir una especie de barra de hierro que estaba al alcance de su mano.

Pero necesitaba un procedimiento para que el rey abandonase su alto trono.

La idea surgió de su mente como algo luminoso.

Tambaleándose, se afianzó a la mesa vecina.

—¿Qué te ocurre? —inquirió el rey.

—Me siento muy enfermo.

El monarca frunció el entrecejo.

—¿No te han vuelto a dar las pastillas que te injertaron en Deimos?

—No… Señor —repuso Hervas, con una voz débil, maravillosamente imitada.

—Espera.

El rey abandonó su trono y se acercó al muchacho.

Al mismo tiempo, hurgaba en uno de sus bolsillos y al no hallar nada, se acercó a la mesa en la que estaba apoyado Hervas, abriendo uno de los cajones.

El terrícola no desperdició aquella maravillosa ocasión.

La barra brilló en el aire por espacio de una décima de segundo. Luego, brutalmente, cayó sobre el cráneo del rey, destrozándolo por completo.

Sin ver casi cómo se desplomaba el monarca, John corrió a toda velocidad, hacia la salida, donde Spencer le esperaba impacientemente.

—¡Ya está hecho! —exclamó con voz ronca, debida a la emoción.

Spencer se precipitó delante de él, corriendo hacia el salón del trono.

—¡Hay que darse prisa! —gritó al llegar—. LOS CEREBROS deben de estar llamando desesperadamente a todos los «conectados»

para que les salven y nos maten.

Demostró conocer perfectamente palacio, ya que una vez en el trono, pulsó una palanca que hizo girar el sillón del rey, descubriendo detrás un estrecho pasadizo.

—¡Ven! —rugió.

Había cogido del suelo la barra ensangrentada que el joven había tirado.

John le siguió, lleno de angustia y terror.

El pasadizo desembocaba finalmente en una amplia estancia, poderosamente iluminada. Aquella habitación estaba completamente vacía, excepto la tremenda redoma, de una sustancia parecida al cristal, que tronaba en el centro.

Hervas tuvo que apoyarse en la pared para no caer desvanecido.

Porque, al mirar hacia el recipiente, vio algo que le erizó los cabellos en la cabeza.

Había visto, hacía mucho tiempo, en la clínica de un amigo suyo, unos bocales en cuyo interior, flotando en el formol, se mecían los cerebros de unos criminales que habían sido electrocutados.

Jamás pudo olvidar aquella desagradable visión.

Pero lo que tenía ante sí sobrepasaba en mucho lo otro, llegando hasta lo inconcebible.

¡PORQUE ESTOS CEREBROS, EN NÚMERO DE DOS MIL, ESTABAN VIVOS!

La terrible masa grisácea se mecía locamente en el interior de la gigantesca redoma. Parecía como si, súbitamente, aquellos cerebros buscasen afanosamente salida a su tremenda situación, como si deseasen escapar en busca de los cuerpos que tan necesarios les hubiesen sido en aquellos momentos.

Con la barra en alto, Spencer los contempló, soltando después una carcajada.

—¡Míralos, amigo! ¡Fíjate cómo adivinan que el final se les acerca! ¡Malditos! ¡Ojalá pudiese destrozarlos, uno a uno, complaciéndome, con mis propias manos!

El golpe rompió la vasija en mil trozos.

Casi enseguida, la masa cerebral cayó al suelo, desparramándose y llenando toda la superficie de la sala.

Spencer reía a carcajadas.

—¡Ayúdame, muchacho!

Y se puso a pisotear aquella grisácea y temblorosa masa, destrozando todo lo que alcanzaba.

Sin poder evitar la náusea que le subía a la boca, John se desplomó sin sentido.

* * *

Cuando abrió los ojos, se hallaba en el salón del trono, tendido sobre la alfombra que cubría el suelo.

Spencer, a su lado, le sonrió al verle abrir los ojos.

—¿Te encuentras mejor?

Hervas asintió con la cabeza.

Spencer le ayudó a incorporarse; después:

—Tienes que prepararte a marchar. Oye, nunca me dijiste cómo te llamabas.

—John Hervas, amigo Spencer.

—Perfectamente, John. Prepárate a regresar a la Tierra.

—¿Y tú?

El otro sonrió tristemente.

—Lo mío es muy diferente. Igual a lo que ocurrirá con los demás. Deben de estar locos de contentos. Súbitamente, al hallarse libres del control tiránico de los cerebros, no sabrán lo que hacer.

—¿No volverán a la Tierra?

—¿Para qué? Si lo hiciesen, no lo lograrían jamás. En cuanto llegasen allí, los efectos de los sueros vitales que les dieron aquí, cesarían por complete. Y las astronaves irían llenas de cadáveres… ¡DE CADÁVERES DE HOMBRES MUERTOS HACE SIGLOS!

—Pero tú puedes venir conmigo, Spencer.

—No, amigo mío. Es verdad que yo, al igual que Timún, somos los únicos seres que vivíamos en el siglo Veinte; pero… ¿sabes cuándo nací?

—No.

—En 1851.

—¡No es posible!

—Lo es, amigo mío. Si regresase a la Tierra, suponiendo que viviese para contarlo, te encontrarías con un compañero de 106 años. No, John; yo debo quedarme aquí.

—Pero ¿qué os ocurrirá?

—Que seguiremos viviendo un mes más. Los Cerebros eran los únicos capaces de fabricar las fórmulas de los sueros vitales. Cada dos meses nos daban la ración correspondiente. Ahora, todo eso ha terminado… afortunadamente.

—¡Qué espantoso!

—No lo creas. Dentro de un par de meses, cuando tú hayas empezado a olvidarnos, varios millones de fantasmas morirán en Marte. En realidad, será un hermoso acto de justicia, ya que todos los que aquí estamos debíamos haber muerto hace tiempo.

Hervas se estremeció.

—¿Crees que podré volver a la Tierra?

—¡Claro que sí! Para eso fui monarca de los «marcianos». Conozco el funcionamiento de todos estos aparatos y cuando te haya llevado a tu casa, volveré aquí para poner en marcha la máquina de la octava dimensión. No te preocupes: la pulsaré al máximo y te encontrarás en Nueva York en pocos segundos.

John no dijo nada; en realidad, la emoción le impedía hablar.

—¿Vamos? —inquirió después de una pausa.

—Vamos; pero no olvides los sacos.

—¡No quiero ese dinero!

—No seas estúpido. Podría darte, mucho más; pero prefiero limitar tu ambición. Con el contenido de esos dos sacos, podrás, si quieres, hacer mucho bien.

—Lo prometo.

El vehículo aéreo los llevó junto a la casita de Hervas.

Una vez en el salón, Spencer se acercó a él:

—¿Un abrazo?

John le estrechó fuertemente contra su pecho, con los ojos arrasados de lágrimas.

El otro se desprendió un tanto bruscamente.

—¡No me aprietes tanto, amigo! Recuerda que, después de todo, estás abrazando a un muerto.

—¡No digas eso, Spencer!

—Escucha. He pensado, durante el camino, que bien podrías utilizar la mitad del dinero en subvencionar algún laboratorio de investigación astrofísica. El peligro que los humanos han corrido, sin darse cuenta, puede reproducirse otra vez. El Universo está lleno

de misterios insondables y nadie sabe de dónde puede surgir el primer peligro. Haz lo posible por convencer a los hombres de que han de mirar hacia arriba y tener los ojos muy abiertos para evitar nuevas catástrofes. Si hubiesen sabido lo que les estaba ocurriendo, se habrían olvidado de sus estúpidas querellas para concentrarse en algo más positivo y real.

—Así lo haré.

—De acuerdo. Yo voy a regresar a palacio. Toma estas dos pastillas y échate en ese sillón. A pesar de todo, la aceleración de la octava dimensión es demasiado grande para ser soportada por un ser normal.

—Muchas gracias, Spencer.

—Gracias a ti. Si no hubieses llegado, las cosas seguirían como estaban. ¡Y ya es hora de que los muertos vuelvan a sus tumbas!

Le miró intensamente.

—¡Buena suerte, muchacho!

Con el corazón encogido, Hervas vio salir a aquel magnífico hombre. Los sentimientos más adversos le dominaban; pero, al fin, mientras oía el rumor del aparato que se alejaba, comprendió que Spencer tenía razón.

Los muertos deseaban el reposo que les era debido.

Tomó las pastillas y se sentó, dejándose caer, sobre uno de los sillones. Momentos más tarde, caía en un profundo sueño.

Su último pensamiento fue para Spencer y los millones de hombres que vagaban, en aquellos momentos, por la desértica superficie de Marte.

Epílogo

Al despertarse, John estiró los brazos bostezando profundamente.

Luego, abriendo los ojos, que se frotó repetidas veces, lanzó una ojeada al salón, recorriéndolo detenidamente.

Su mente estaba completamente vacía de recuerdos.

Algunas imágenes flotaban aún, desperdigadas por su mente. Fue por eso por lo que sonriendo, se puso en pie.

—¡Qué pesadilla más estúpida! —exclamó en voz alta.

Se fijó entonces en el ramo de flores que había colocado sobre la mesa. Y, presa de un pánico tremendo, lanzó una mirada a su reloj de pulsera.

—¡Demonios! —exclamó—. ¡Son las cuatro menos cinco! Dorothy no tardará en llegar.

Se dirigió al cuarto de baño, asombrándose al ver que su traje estaba espantosamente arrugado y que su camisa, que se había puesto aquella mañana, estaba sucia.

Cambiándose en un periquete, silbó uña canción de moda, ahuyentando los restos de la pesadilla que seguían flotando por su imaginación.

—Voy a tener que dejar los almacenes —dijo, mirándose al espejo—. Estoy harto de representar esta pantomima de «astronauta». Si Dorothy me acepta, me dedicaré a otra cosa más verosímil.

El timbre de la puerta le hizo dar un salto.

Terminó de pasarse el peine y bajó, de cuatro en cuatro, las escaleras, precipitándose ante la entrada. Luego, abrió, encontrándose ante la muchacha que le había hecho soñar como ninguna otra.

—¡Hola! —saludó ella.

Estaba hermosísima, con su traje sastre «*beige*» y su sombrero diminuto, que ponía una nota picaresca en su rostro.

—Pase… por favor.

Ella entró, lanzando una ojeada de curiosidad al salón. Casi enseguida vio las flores.

—¡Qué bonitas!

—Son para usted…

Se volvió hacia él y mirándole fijamente:

—Pero ¿qué te pasa, John? Te muestras mucho menos audaz que cuando te llamé por teléfono.

Él sonrió.

—Perdona, Dorothy. Es natural que me halle turbado. Nunca creí que vinieses…

—¿Por qué no? Tus poesías me encantaron y me di cuenta de que eras muy diferente a los insulsos moscardones que giran siempre a mi alrededor.

—Gracias.

Ella hizo una graciosa mueca y dijo:

—¿No vas a decirme nada más… John?

—Sí, muchas cosas.

—Pues ya puedes empezar —sonrió ella, dejándose caer en uno de los sillones—. Aunque, en realidad, me gustaría escucharte con una taza de té en la mano. Podré al menos, disimular mis emociones.

Él se precipitó a la cocina y diez minutos más tarde lo tenía todo preparado. Desde la cocina la oyó recorrer la parte baja de la casa.

Sentados frente a frente, empezaron a beber.

—Puedes comenzar tu declaración —dijo ella.

Hervas enrojeció; pero haciendo un esfuerzo:

—Creí que jamás me atrevería a decirte que te quiero. Hay tanta diferencia entre nosotros.

—¿Tú crees? —inquirió ella con una luz divertida en los ojos.

—Es un verdadero abismo, querida.

—No creo que sea para tanto.

—Desdichadamente, lo es; aunque estoy dispuesto a luchar para vencer todos los obstáculos que se opongan a nuestra dicha.

—Eso está muy bien.

Hervas tragó saliva con dificultad.

—¿Crees que tu padre se mostrará dispuesto a recibirme?

—Estoy completamente segura.

—¿Cómo? ¿Dices que va a aceptar la proposición de un hombre como yo?

—Estará más que encantado.

—¡No puedo creerlo! Un hombre como tu padre, que tiene todo el dinero que puede concebirse, no querrá ni oír hablar de mí.

—Te equivocas. Escucha, amor mío. Estás equivocado: mi padre atraviesa en estos momentos una crisis económica tan intensa, que te recibirá con los brazos abiertos.

—¿Cómo? ¿Que estáis arruinados?

—Tú lo has dicho.

John sintió que el alma le caía a los pies.

—¡Ahora sí que te he perdido para siempre, Dorothy! Tu padre buscará un matrimonio de conveniencia para poder solventar la desastrosa crisis económica que atraviesan sus negocios.

—Estoy completamente convencida de ello.

—¿Entonces?

Se había puesto en pie y se acercó a ella, con los ojos brillantes de cólera.

—¿Quieres reírte de mí? ¿Por qué has venido?

Ella no se inmutó.

Levantándose, se acercó a él. Y antes de que John pudiese hacer el menor movimiento, se le echó a los brazos, besándole largamente en los labios.

—Ven conmigo, «simulador». ¿Crees que podías engañarme?

Lo arrastró hacia el «*hall*».

«Se ha debido volver loca, de repente» —pensó John, estremeciéndose de horror.

Llegaron al vestíbulo y ella le señaló dos sacos enormes.

—¿Qué es eso? —Inquirió Hervas.

—¿Hasta cuándo quieres llevar la broma, amado mío? Fíjate —añadió desatando la boca de uno de los sacos—. ¡Oro! ¡Oro bastante para que seas el hombre más rico de los Estados Unidos!

Y le volvió a besar.

—Nosotras, las mujeres, no solemos equivocarnos nunca, amor mío. Tus poesías eran verdaderamente preciosas, pero mi «olfato económico femenino» no me engañó.

Y sonriendo, al ver la expresión indecible que había aparecido en el rostro de Hervas.

—¿Quieres besarme otra vez, antes de ir a ver a papá, cariño?



El primer robot

UNA FICTION-STORY DE

Law Space.

CAPÍTULO I

Rugió el cielo de nuevo…

A la lívida luz de los relámpagos, las altas almenas del castillo y sus puntiagudas torres poseían un aspecto verdaderamente fantasmagórico. Y la condesa Helen, cada vez que se volvía, adivinaba más que veía, a través de la densa cortina de agua, aquella fortaleza medieval que construyeron sus mayores, cinco siglos antes.

La tempestad de la Naturaleza parecía el reflejo de la que atormentaba su alma. Y, a veces, comparándolas, mientras descendía trabajosamente hacia el poblado, llegaba a la triste conclusión de que aquel desencadenamiento de ciegas fuerzas no era tan horrendo como el que el destino había soltado en el interior del castillo.

Procuraba mantener el chal contra su cuerpo, cubriéndose con él la cabeza, aunque de poca utilidad le resultaba, ya que el agua lo había empapado por completo y no era más que una cosa desagradable y húmeda que le daba escalofríos.

Recordó tristemente los tiempos en que le hubiese bastado tirar del cordón del salón para que le hubieran preparado uno de los coches, con los que ya hubiese llegado al pueblo; pero, desde hacía mucho tiempo —¿quién sabía cuánto?—, los coches y los caballos habían desaparecido del castillo, tragados, como tantas otras cosas, por las necesidades absorbentes de Karl.

Un rayo cayó en el bosque cercano, deteniéndola en seco y obligándola a cerrar rápidamente los ojos mientras musitaba, con los labios trémulos una oración.

Dios no podía por menos de mostrar su cólera. Y lo extraño era que el castillo siguiese en pie, ya que la mano del Señor debía

haberlo abatido con toda su omnímoda potencia…

Quizá la presencia del pequeño Otto detenía la mano divina. Porque, indudablemente, el niño, a pesar de la parálisis que lo tenía atado a su lecho o a su silla de ruedas, había sido para ella una bendición del Cielo.

¡Su pequeño Otto!

Fue el único regalo que recibió de Karl. Y cuando el niño nació, en una mañana de noviembre, sólo ella sabía cuántas angustias había pasado, no por la maternidad de traerlo al mundo, sino ante el temor de que se pareciese en algo a su esposo.

Se sintió amargada hasta lo inconcebible por no haber sido capaz, mucho antes de casarse, de darse cuenta de todo lo que se ocultaba tras aquel rostro noble y sereno del doctor Straffen…

Sus padres, ya muertos, la aconsejaron sin cesar ponderándole la relevante personalidad del «*Herr* Proffesor» y le auguraron una existencia feliz y una altura social renovada, ya que los Kobler, los descendientes de aquellos que construyeron el castillo y entre los que se encontraba ella misma, habían perdido mucha importancia en el naciente Imperio Alemán.

Y se casó.

Era una niña aún, ya que no había cumplido veinte años, pero deseaba ardientemente ser feliz e hizo todo lo posible por lograrlo.

Su primera sorpresa fue el descubrir que su marido no era «médico»; para ella, «doctor» y «médico» era dos palabras sinónimas; pero, al ver llegar aquellos extraños tubos y redomas de cristal, junto a cientos de frascos que encerraban líquidos de todos los colores, se sintió intranquila por primera vez…

Luego había ido todo tan aprisa…

Su esposo la trataba como a una niña pequeña, no concediéndole la menor importancia. Eso sí, en los primeros tiempos, la colmó de lo que ella comprendía por felicidad. Fueron un par de veces a Viena, pero aun ahí, su marido la dejó en la ópera, alegando citas importantes con otros hombres que trabajaban los mismos misteriosos asuntos que él.

¿Sus asuntos?

Una sola vez, comida por la curiosidad, se atrevió a penetrar en toda la parte del castillo que ocupaba el laboratorio de su esposo. Entró de puntillas, como si temiese que su corazón, que latía

locamente, la delatase.

Fue entonces cuando, por primera vez, vio aquel monstruoso muñeco de hierro.

Contra lo que esperaba, Karl no se enfadó ni poco ni mucho. La miró, eso sí, con cierta curiosidad y tomándola después de la mano, la llevó ante el muñeco metálico, explicándole cosas que, aun recordándolas con toda precisión, no había entendido.

«—¿Ves este hombre de hierro, querida? Es un “autómata”, un ser creado artificialmente y que será como un hombre; como uno de nosotros.

»—¡Pero eso es imposible! ¡Sólo Dios puede crear, esposo mío!

»—No es lo mismo, Helen. Estas criaturas serán de gran utilidad para la humanidad. Realizarán los peores trabajos y podrán exponerse a los más tremendos peligros, evitando así que los hombres los pasen. ¡Serán los obreros del futuro!

»—¿Quién trabajará entonces, Karl?

»—Los hombres se dedicarán a trabajos superiores. Ya no tendrán que curvar la espalda sobre la tierra, ni pasar penalidades en el fondo de las minas.

»—¿Pero cómo podrán hacerlo? ¿Cómo entenderán las órdenes que les den los que les manden?

El profesor había sonreído con benevolencia.

»—¡Hablarán como nosotros! ¡Oirán como nosotros! ¡Y hasta comprenderán, porque tendrán inteligencia como nosotros!

»—¡Eso es arte diabólica! —había gritado ella, con espanto.

Todavía recordaba la carcajada que brotó de los labios de su esposo.

A la luz de los crisoles que él manejaba, su rostro, repleto de reflejos rojos, le había parecido la imagen aterradora de Satán.

CAPÍTULO II

De nuevo rugió sordamente el cielo al ser cruzado por un relámpago.

Estaba empapada, pero no sentía ni el frió, hundida como estaba en el amargo mundo de sus propios recuerdos.

Desde aquella lejana visita al laboratorio de Karl, jamás se había atrevido ella a hablar del aquel asunto.

Pero, desde aquel día, cuando, a veces, no siempre, se reunían en la mesa, ella le miraba de reojo, con la cabeza inclinada sobre el plato. Y cada vez más descubría en sus rasgos, en sus febriles ojos, en las arrugas que circundaban su cínica boca, una semejanza mayor con el maldito.

¿Se habría casado con el diablo?

¡Cuántas veces le atormentó aquella peregrina idea!

Ella había hablado muchas, muchísimas veces al padre Frank. El buen hombre la había escuchado con atención, dándole siempre los mismos consejos. Debía tener paciencia, mucha paciencia y comprender que ella no poseía la poderosa inteligencia de su marido que, según sus propias manifestaciones, trabajaba arduamente para librar a muchos hombres de los peligros de un penoso trabajo.

Tuvo paciencia —¡sólo Dios y ella lo sabían!— y dejó que los años pasasen, consagrándose por entero al pequeño Otto.

Se estremeció al recordarlo.

Toda la esperanza que había puesto en que aquel hijo la uniese fuertemente a su esposo, se desvaneció desde que Karl, que había abandonado sus trabajos desde que nació el pequeño, descubrió que era paralítico.

Desde entonces, el castillo se había dividido más

profundamente, abriéndose hasta lo inconcebible, el foso que ya separaba las estancias en las que el doctor trabajaba y los aposentos donde ella y su hijo vivían en dolorosa intimidad.

Ella no comprendió jamás aquel desprecio que Karl sintió hacia ella desde que nació el pequeño. Se encerró en el laboratorio, donde ordenó que se le dispusiera un lecho y no pareció recordar la existencia de los suyos, a los que apenas si veía, desde una de las ventanas del laboratorio, cuando Helen paseaba al pequeño en su pequeña silla de ruedas.

Volvió el padre Frank a aconsejarle paciencia.

Y sumida en aquella existencia morosa; en aquel ambiente que sólo desgarraba, en las noches, el rugido diabólico de las máquinas del profesor que trabajaba en sus salas hasta el alba.

Para ella, el rostro de su esposo era ya un vivo reflejo de la demoníaca personalidad que ella le había dado. Y hasta los criados, aquellos de los que los gastos crecientes de Karl no había obligado a prescindir, se pasaban el día orando y pidiendo que el señor no los llamase jamás a su fábrica de monstruos.

Paciencia y años.

El pequeño Otto había sido su asidero en aquellos terribles años. A pesar de estar condenado a una incompleta inmovilidad, ya que la parálisis le afectaba a ambas piernas, el niño poseía un alma de oro y que para ella el consuelo completo, a sus penalidades.

Cuando el pequeño cumplió once años, los médicos, que habían hablado de posible mejoría al pasar de los diez, negaron unánimemente toda esperanza: Otto sería paralítico toda su vida.

Sin embargo, el profesor que venía al castillo para enseñar al joven estaba encantado de sus progresos y descubrió en él una inteligencia muy superior a la normal.

«—Será un sabio como su padre» —le dijo un día a la condesa.

Helen se estremeció de pies a cabeza, pero no dijo nada. Luego, cuando el profesor se hubo marchado, subió alocadamente a la habitación de su hijo y se arrodilló frenéticamente a sus piernas inválidas.

El niño le preguntó qué ocurría y ella, entre lágrimas:

—¡No quiero que seas como él, pequeño mío! ¡Me moriría de dolor!

Otto la había calmado, con palabras tan dulces, que ella tuvo

que darse cuenta de que, si bien era verdad que el niño había heredado la inteligencia poderosa de Karl, poseía un corazón y unos sentimientos que eran exactamente los de ella.

El padre Frank terminó por derrumbar su pesimismo.

—La inteligencia, hija mía, no es más que un instrumento que mueven las manos del alma; cuando ésas, manos son buenas y están limpias, la inteligencia se dirige hacia el Bien… No temas, el pequeño Otto no se dedicará jamás a fabricar monstruos de hierro.

Porque, por aquel entonces, hasta el padre Frank tenía sus temores y cuando, de vez en cuando, iba al castillo, invitado por la condesa, lanzaba una temerosa mirada hacia la puerta que, desde el salón, conducía a los laboratorios del profesor Straffen.

Uno de aquellos días, Helen, deseosa de poner frente a frente a los dos hombres, sobre todo para poseer una opinión del sacerdote, logró convencer a éste para que se quedase a almorzar.

Karl estuvo muy amable con el padre Frank y hasta agradeció a su esposa que hubiese invitado al religioso.

—No tengo a nadie con quien hablar, padre Frank —dijo—. Y eso es lo que, lo crea o no, llega a veces a desesperarme…

—¿Por qué no va a Viena, profesor? Allí puede encontrar usted a otros colegas y cambiar útiles impresiones con ellos.

El doctor torció visiblemente el gesto.

—¡Bah! ¡No quiero verles más! La última vez que estuve con ellos, se rieron de mis ideas y me trataron de loco sin ningún escrúpulo.

Sus ojos brillaban intensamente.

—¡Yo conozco lo que les ocurre a esos idiotas, padre! ¡La envidia les corroe como una mala lepra! Ellos no han conseguido todo lo que yo he logrado ya… Y, sobre todo, lo que espero lograr.

—¿Y qué espera lograr, profesor; sí no se trata de un secreto inviolable?

Los ojos de Karl eran como dos ascuas.

—¡Un hombre mecánico que hablará como nosotros, padre Frank! ¡Un ser dotado de inteligencia; un ser que razone y que me obedezca ciegamente!

—¡Ave María Purísima! —había exclamado la condesa, sin poderse contener y persignándose rápidamente.

Pero su esposo había sonreído.

—No le extrañe, padre, que me tomen por un demonio. La ignorancia de las gentes no ve más que un camino para explicar lo que no comprende. ¿Recuerda usted el terror de los campesinos cuando, hace poco, circuló el primer tren por los alrededores? ¡Pamplinas! No son las opiniones de los labriegos de aquí las que me importan… ¡Estamos en el siglo XIX, el siglo de las luces! Dentro de cincuenta años, mis «autómatas» habrán liberado al mundo de la maldición que pesa sobre él.

—Se refiere al trabajo, ¿verdad?

—Sí. El trabajo, que cuando no está dedicado a las altas misiones del espíritu, es bajo, servil y nos da categoría de irracionales.

—Creo que exagera usted, mi querido profesor.

—¿Por qué? De todos los habitantes de este condado, sólo me gusta hablar con usted, porque como yo, se dedica a las altas labores del espíritu.

El sacerdote sonrió levemente.

—Yo mismo trabajo el pequeño huerto que hay detrás de la iglesia; lo trabajo con mis propias manos, señor conde. Porque me doy cuenta de que no sólo hemos de dejarnos arrastrar por las inquietudes del espíritu. Cuando me arde la cabeza, cuando me hallo ante un problema que mi pobre mente humana no puede resolver, me voy al huerto, y con la azada en la mano, ordenando la tierra y dando vida a lo que Dios nos ha permitido darla, me siento otro, como si estuviese realizando el milagro de la vida con mis propias manos.

—¡Eso mismo me ocurre a mí! Pera yo no necesito de la vida escondida en las semillas. ¡Mi creación ha de ser completa! Partiendo de la materia inerte, quiero haber algo único, sorprendente y que maravillará a las generaciones futuras.

CAPÍTULO III

La lluvia seguía arreciando.

Ya se veía, a intervalos, la torre de la iglesia y los tejados pardos de las casas del pueblo, cuando los relámpagos, lejanos ahora, desgarraban las tinieblas espesas de la noche.

Helen apretó el paso. Sus botines estaban completamente empapados y sentía, al andar, como si marchase sobre charcos; pero no le importaba, deseaba llegar pronto y obligar al padre Frank a que tomase cartas en el asunto, sacándola de aquel infierno en el que, desde hacía tanto tiempo, vivía.

Al atravesar las calles desiertas del poblado, sus pasos resonaron lúgubremente sobre las piedras desiguales que cubrían el suelo y varias ventanas se iluminaron, recortándose en ellas las siluetas de los que la observaban con curiosidad.

Se sabía amada por aquellas gentes, que la compadecían con sencilla sinceridad, incapaces, sin embargo, de hacer nada positivo por ella.

Desde que se había despedido la servidumbre, excepto la vieja; y leal Anna, incapaz ya de hacer mucho, ya que apenas si la sostenían sus reumáticas piernas, nadie del pueblo había pasado la linde del castillo, y las miradas que dirigían hacia aquel lugar estaban impregnadas de miedo, que rayaba en pánico.

Ella continuó su camino, bajo el azote feroz del agua, que caía a cántaros; luego, cuando atravesó la plaza, sonaron en lo alto de la torre las diez campanadas, sonoras, graves; pero, a pesar de todo, íntimamente tranquilizadoras.

Esperó a que la última campanada sonase para golpear el martillo de la puerta.

Deseaba íntimamente que el padre Frank no se hubiese retirado

aún. Y cuando oyó el paso de alguien que se acercaba, por el otro lado de la puerta, reconoció el taconeo nervioso de la vieja ama.

Brillaron los ojos de la anciana por la mirilla.

—¿Quién es?

—Yo, Helen.

La puerta se abrió inmediatamente.

—¡Es usted, señora condesa! ¡Dios sea loado! ¿Cómo se ha atrevido a hacer el camino con una noche como ésta?

Helen penetró en el zaguán, quitándose el chal empapado, descubriendo sus cabellos, que el agua había pegado al rostro.

—¡Pero si está usted empapada, condesa!

Y después de unas cuantas exclamaciones:

—¡Pase, pase a la sacristía! Hay buen fuego y podrá esperar al padre, que no tardará en salir.

Obedeció la mujer, sintiendo, la agradable caricia del calor en cuanto penetró en la amplia sala donde, en una monumental chimenea, ardía alegremente la leña.

Tomó asiento y extendió sus ateridas manos, buscando la sensación reavivadora del fuego.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo, pero no era producto del cambio de temperatura, sino el recuerdo de las escenas que había visto en el castillo. Ni la tormenta la había detenido, en su irrevocable decisión de terminar con todo aquello. Había ordenado, a la vieja Anna que vigilase al pequeño y salió, íntimamente convencida, de que aquella vez el padre Frank no podría negarse a actuar.

Un sonido, a su espalda, la hizo volverse prestamente.

El sacerdote, seguido por un hombre, que ella conocía lejanamente, penetraron en la sala.

Ella se puso en pie, avanzando velozmente hacia el padre, cuyo rostro expresaba sorpresa.

—¡Querida condesa! ¡Hija mía! ¿Ocurre algo malo?

Ella le besó la mano, que él le tendía, antes de contestar.

—¡Es horrible, padre!

—Siéntate, por favor. Y serénate. Estás empapada por la lluvia, Voy a ordenar que te sirvan algo caliente. Un buen tazón de caldo y se encontrará como nueva.

Apareció el ama en aquel momento.

—¿Cómo no me has avisado?

—Iba a decírselo, cuando vi que no estaba usted en la iglesia.

—Está bien; haz el favor de preparar una taza de caldo para la señora condesa.

Se volvió hacia el hombre.

—Tú, Ludwig, prepara tu carro, el pequeño. Es posible que lo necesitemos.

Salió, el labriego a toda velocidad, pesaroso de no haberse podido quedar para enterarse de lo que afligía a la hermosa condesa, pero plenamente convencido de que debía ser algo gravísimo, para que la señora hubiese salido en una noche como aquélla.

A los pocos instantes, todo el pueblo sabía demasiadas cosas, que la imaginación de Ludwig había creado al salir de la iglesia.

CAPÍTULO IV

—Dime lo que ha ocurrido, hija mía. Cuéntamelo con tranquilidad.

Había en los ojos de la condesa una luz temerosa, un algo que vacilaba como si fuese una llamita a la que un viento misterioso amenazase apagar de un instante a otro.

—¡Lo ha logrado, padre!

El sacerdote sonrió, y acarició tiernamente una de las manos de la mujer.

—Cálmate, por favor. ¿Qué es lo que ha logrado?

—Una de esas horribles criaturas, señor…

—¿Por qué no empiezas tranquilamente por el principio, hija mía?

Respiró ella intensamente; luego, con voz trémula:

—Subí a mediodía para dar de comer a Otto. Estaba estudiando y le reproché que dedicase tanto tiempo a los libros. Me dijo que tenía razón y que deseaba dormir toda la tarde.

»No es necesario que me subas la cena, mamaíta —me dijo—. Quiero descansar. Mañana saldremos a dar un paseo por el parque.

»Le dije que sí, recordando que el doctor me había aconsejado no alimentarle demasiado, ya que, como usted sabe, ha engordado bastante en estos últimos tiempos, debido a su inmovilidad forzosa.

Se detuvo, como si desease encontrar las palabras que necesitaba para proseguir su relato.

—Sigue, hija mía.

Asintió ella con la cabeza.

—Pase toda la tarde cosiendo, junto a Anna. Mi esposo había salido a comer al comedor y parecía muy excitado. No cambiamos ni una sola palabra durante el almuerzo; pero, mirándole a hurtadillas, me percaté de que estaba hablando solo, consigo

mismo, en voz baja, gesticulando como si alguien le llevase la contraria.

»A pesar de que ya comienzo a estar acostumbrada a sus rarezas, sentí más miedo que de costumbre y me pasé todo el almuerzo rezando, pidiendo a Dios para que no le dejase cometer ningún acto horrible.

Otra vez guardó silencio; mientras, el padre Frank la miraba intensamente.

—¿Qué ocurrió después?

—Él se fue a su laboratorio y permaneció allí encerrado toda la tarde. Se oía un ruido más fuerte que el que habitualmente produce, como si todas sus horribles máquinas marchasen a un tiempo…

»A eso de las cuatro el cielo se ensombreció repentinamente y la tormenta se inició con una fuerza extraordinaria.

»Intentamos encender la luz, pero la tormenta debía de haber averiado algún poste; sin embargo, las máquinas de Karl, movidas, por calderas de vapor, seguían funcionando al máximo.

»Encendimos las velas y a la luz de un candelabro empezamos a rezar el Rosario, Anna y yo…

Entornó los ojos, como si estuviese reviviendo aquella escena.

También el padre Frank veía a las dos mujeres, en el inmenso comedor del castillo, a la luz mortecina de las velas, que proyectaba vacilantes y gibosas sombras sobre la pared. Y hasta le parecía oír el suave murmullo de sus rezos y ver los labios moverse velozmente, al ritmo de las oraciones.

—Las horas pasaron lentamente; mientras, la tormenta arreciaba fuera y los cristales de los ventanales vibraban batidos por la lluvia y el viento…

»No sé qué hora era cuando oímos los gritos de Karl. Enmudecimos, cogiéndonos las manos, mudas de terror, con los ojos fuera de las órbitas. Sentíamos solamente el latido alocado de nuestros corazones y hasta la tormenta parecía haber cedido al influjo de aquellos gritos que habían surgido de lo hondo del laboratorio.

»Permanecimos así largo rato; de repente, la puerta del fondo se abrió y mi esposo, con una palmatoria en la mano, apareció en el umbral.

»Nunca le vi tan excitado, padre. Su rostro, que la luz vacilante

del cirio cambiaba constantemente parecía hecho de una materia, cerúlea, blanda, como esas imágenes que se ven en el agua cuando la superficie de ésta se liza.

»Avanzó hacia nosotras quedamente, con una sonrisa horrible en sus labios; una sonrisa que, al entreabrir su boca, dejaba ver el espacio vacío, desdentado. Ya sabe usted lo que le ocurrió el año pasado, cuando una de las calderas de sus horrendas máquinas estalló.

—Sí, ya lo sé. Perdió todos sus dientes.

Ella asintió con la cabeza.

—Estaba más horrible qué nunca, con sus pelos desgreñados y la barba hirsuta y puntiaguda como la del…

—No lo nombres, hija; es mejor no hacerlo.

—Siguió avanzando y después de dejar la palmatoria sobre la mesa, junto a la cesta de costura, se volvió hacia mí:

»¡LO HE LOGRADO, HELEN; LO HE LOGRADO! —gritó como un loco.

»Yo, haciendo supremo esfuerzo por no gritar de espanto, logré sonreírle y pregunté con voz ahogada qué había logrado.

»¡MÍ "AUTÓMATA", HELEN! ¡HABLA Y PIENSA COMO NOSOTROS!

»Creí que había perdido la razón y guiñé un ojo a Anna, para que no hiciese nada que pudiera enfurecerle. Asintió ella con la cabeza, demostrándome que había entendido perfectamente.

»Pero Karl no se limitó a decirme cosas raras y complejas, que yo no entendía. Me cogió por la mano y me llevó hacia su antro demoníaco.

»Quería enseñarme su "autómata".

»No me opuse a su capricho, porque estaba convencida, cada vez más, de que mi pobre marido había perdido la razón. Estaba dispuesta a decirle sí a todo.

»Cuando penetramos en el recinto, vi, erguido en medio de las máquinas, al más horrendo engendro de la imaginación. Era más alto que nosotros y estaba enteramente construido de hierro, que brillaba siniestramente a la luz de las velas que mi esposo había colocado un poco por todas partes.

»Me obligó a acercarme a aquel monstruo; que acariciaba sin cesar, diciéndole las cosas más dulces y horribles que jamás he oído.

»Yo temblaba como si una insalubre fiebre se hubiese posesionado de mí. No dejaba de rezar, en voz baja, deseando que aquel monstruo se derrumbase hecho trizas en cualquier momento.

Enmudeció, con una expresión de horror que hasta asustó al padre Frank.

—¡Cálmate, hija mía! ¿Qué ocurrió después?

Ella le miró fijamente, con una súplica en los ojos, como si hubiese deseado no decir nada más; luego, con un visible esfuerzo:

—Le rogué que cesase en todo aquello, que se dedicase a cualquier otra cosa, a otros estudios que no ofendiesen a Dios… Arrebatado por la cólera, empezó a decir cosas horribles, y cuando le supliqué que se dedicase a nosotros, y que mejor haría por poner su inteligencia al lado del Señor, estudiando la manera de volver la fuerza a las piernas de nuestro Otto…

Se llevó las manos a la boca, como si no estuviese dispuesta a permitir que tan horribles palabras fueran pronunciadas jamás.

El sacerdote la comprendió perfectamente y esperó a que la paz tornase a aquel atormentado espíritu.

—Fue horrible lo que me dijo… —musitó ella dulcemente—. «¡Fíjate en la criatura, que tú me has dado!» —gritó con voz ronca —. «¡Un paralítico! ¡Un inútil! ¡Fíjate, por el contrario, en mi “autómata”! ¡Es perfecto, como ninguna otra cosa en el mundo! ¡Sus piernas no flaquearán jamás! Ni tampoco su mente… ¡Oye, escúchale hablar!».

»Sentía unas tremendas ansias de correr, de escapar de allí; pero, al mismo tiempo, una insana e incomprensible curiosidad me tenía como ligada al suelo del laboratorio.

»Él, con los ojos brillantes como ascuas, se volvió hacía su maldita máquina, ordenándole que hablase: En aquel mismo instante, un trueno hizo retumbar la casa de arriba abajo. El silencio que siguió me pareció tan profundo, como si hubiese sido hecho adrede, para que yo pudiera darme cuenta de lo imposible…

Se detuvo de nuevo. Esta vez, el padre Frank no pudo más.

—¡Termine, condesa, por favor! ¿Qué ocurrió?

—¡QUE HABLÓ, PADRE!

—¡Eso no es posible!

—Ya sabe que no miento. Aquella horrible máquina preguntó, con una voz singularmente clara, lo que mi esposo deseaba que

dijese. Y Karl, con un orgullo desmedido, le ordenó que se dirigiese a mí y me dijese mi nombre y me preguntase cómo me encontraba.

»¡Todavía tengo la voz aquí dentro, padre Frank! —exclamó la mujer, señalando su cabeza—. ¡Todavía las tengo aquí, aquellas imposibles palabras!

El sacerdote se había puesto en pie.

—Cálmate, hija mía. Te acompaño. Ha llegado la hora de intervenir.

Ella, en un arranque de angustia, lo cogió por la manga.

—¿Verdad que es cosa del diablo, padre?

El otro acarició tiernamente aquella mano convulsa.

—Calma, por favor. No mezclemos a nadie en este asunto… Quizá sea algo más horriblemente sencillo…

CAPÍTULO V

Ludwig tenía preparado el carro y, aunque no había dejado aún de llover, su interior era agradable y la lona lo cubría por completo, dejando pasar solamente el repiqueteo de las gotas sobre su tensa superficie.

La empinada cuesta que, contorneando el monte, ascendía hacia el castillo, obligaba a las mulas a trotar despacio. Además, el barro hacía resbaladizo el camino y el carretero había de manejar el freno con frecuencia, mordiéndose los labios cada vez que, llevado por la costumbre, se disponía a animar a los animales con palabras poco piadosas.

En el interior del vehículo, la condesa y el sacerdote permanecían en silencio.

Ella rezaba sin cesar, deseando de todo corazón que aquello se arreglase de la mejor manera; él intentaba comprender muchas cosas que no entendía, por muchos esfuerzos que hacía. Sólo deseaba llegar al castillo.

Al final de la cuesta, las mulas encontraron un terreno más llano, penetrando de lleno en la pista de piedra que conducía directamente al portalón del jardín.

La verja, desde hacía mucho tiempo, estaba abierta, y sus goznes oxidados no permitían el menor movimiento de las altas puertas, cuyo peso era tremendo.

Atravesó el carro el portalón, salvando finalmente la distancia que separaba la puerta de la escalinata, a la entrada del porche. La lluvia había cesado por completo y una fantasmagórica luna luchaba denodadamente por abrirse paso entre el celaje de las nubes, que un viento fuerte arrastraba velozmente hacía el este.

La puerta de entrada estaba entreabierta y la vieja Anna, que

debía haber oído el coche, estaba en el umbral, con un candelabro de dos velas en la mano; dos vacilantes luces que iluminaban, a intervalos, el escudo de armas, grabado en piedra, que había sobre la puerta.

Penetraron en el inmenso vestíbulo y el sacerdote se volvió hacia el labriego, diciéndole que podía regresar, ya que pensaba pasar allí la noche.

—Puedes venir a buscarme a eso de las seis. Tengo que estar a la media en la iglesia para la misa.

—Entendido, padre.

Atravesando el vestíbulo, después de cerrar la puerta y siempre precedidos por Anna, penetraron en el salón, que era la estancia donde las dos mujeres pasaban la mayor parte de su tiempo.

Todavía estaba sobre la mesa el canastillo de la costura y las dos sillas, así como el otro candelabro, cuyos cirios se habían extinguido, dejando una curiosa montaña, de cera sobre cada copa de bronce.

La puerta del fondo, estaba entreabierta.

—¿Ha pasado algo, mi buena Anna? —inquirió la condesa.

—Nada, señora, dos o tres veces, venciendo el miedo, me he acercado a esa puerta y le oído hablar con su máquina.

—¿Respondía la máquina? —preguntó el sacerdote.

—Sí, padre Frank. La he oído perfectamente.

El religioso se frotó repetidas veces la barbilla. Había esperado que todo fuese producto de los nervios de la condesa, ya que no creyó ni un solo instante que la máquina hubiese hablado.

Pero conocía lo suficiente a la vieja Anna para estar completamente seguro de que en aquella mujer sensata no había habido confusiones mentales ni alucinaciones en toda su vida.

Miró hacia la puerta y decidido se volvió hacia la condesa.

—Voy a verle —anunció solemnemente.

—¿Usted solo, padre?

—Sí, yo solo. Es mejor que ustedes dos se queden aquí. No teman, no ocurrirá nada.

Atravesó decididamente la pequeña puerta, empezando a descender la estrecha y retorcida escalinata que conducía al laboratorio del profesor Straffen.

Muy a pesar suyo, pronto empezó a experimentar una sensación

indefinible que, por otra parte, no le equivocó, en cuanto a su naturaleza, ni un solo instante.

«Me moriría de vergüenza si ese hombre se diese cuenta de que tengo miedo» —se dijo.

Pero no podía evitarlo.

Había en aquel ambiente algo que notaba insistentemente, algo impalpable y, sin embargo, tan presente cómo los mismos escalones y los viejos cuadros que, de vez en cuando, miraba el padre Frank, a su derecha o izquierda.

Finalmente, llegó al enorme salón que formaba la más importante parte del laboratorio del profesor Straffen. Era una sala inmensa, empequeñecida por la cantidad de máquinas, calderas y estantes repletos de frascos; además, sobre la mayor parte de las paredes, los libros llenaban estanterías que llegaban hasta el techo.

Y en el centro, Karl, junto a una especie de monstruoso muñeco, que contemplaba arrobado.

CAPÍTULO VI

Correcto, el padre Frank tosió forzadamente, haciendo que el sabio volviese la cabeza. Al reconocer a su visitante, una sonrisa de triunfo entreabrió ligeramente sus labios.

—¡Qué sorpresa, amigo mío! ¿Se ha enterado ya del rotundo triunfo que he obtenido?

El sacerdote salvó con mesurados pasos la distancia que le separaba del otro.

—Sí, me he enterado.

—¿Quién se lo ha dicho?

—La señora condesa.

—¡Bah! Le habrá contado toda esa serie de fantasías que le hacen decir su miedo y su ignorancia.

Y percatándose que las miradas del religioso no se separaban del «autómata»:

—¡Allí le tiene, padre Frank! Es el producto de doce años de trabajos ininterrumpidos… ¡Pero lo he logrado!

Venciendo una cierta repugnancia que a pesar suyo le dominaba, el sacerdote inquirió:

—¿Es verdad que es capaz de hablar?

—¡Claro! Ahora le oirá; pero, permítame un instante. Estoy disponiendo una hoguera para hacer que realice la «prueba del fuego».

—¿De qué se trata?

—De demostrar la superioridad de los «autómatas» sobre los hombres. Éste atravesará las llamas o permanecerá en ellas, sin que nada le ocurra.

—¿No arderá?

—Imposible. Está completamente construido en metal y la

temperatura del fuego jamás lo hará fundir.

—Comprendo.

Había colocado precipitadamente leña y trozos de viejos muebles; regó luego el todo con alcohol, agregando otras sustancias inflamables, acercándose quedamente al sacerdote.

—¡Va usted a ser testigo de algo grande!

El padre Frank se dio cuenta de la expresión cansada y febril del rostro de aquel hombre.

—¿Cuánto tiempo hace que no duerme, profesor?

Sonrió el otro.

—¡Qué sé yo! ¿Y qué importa?

—¿No cree que, ante tan grande experimento, debía descansar antes un poco?

—¡No podría hacerlo! ¡Tiempo tengo para descansar!

Luego, considerando que ya había perdido demasiado tiempo hablando de cosas intrascendentes, tomó al sacerdote por una manga y acercándose al «autómata»:

—¿Quién es este hombre?

El muñeco de hierro giró lentamente la cabeza. No tenía ojos, pero si unas ranuras cubiertas por dos gruesos cristales de colores.

—ES EL PADRE FRANK.

La voz parecía venir de muy lejos y el religioso se estremeció. Todo acuello parecía tan extraordinariamente fantástico que la misma sensación de temor que le asaltó en la escalera tornó a apoderarse de él.

—¿Aprecias al padre Frank? —inquirió nuevamente el profesor.

—SÍ, LE QUIERO MUCHO…

Las sienes del sacerdote latieron con fuerza. Intentaba explicarse aquel misterio, en el que jamás había creído, a pesar de las afirmaciones de las dos mujeres; pero ahora, al oír con sus propios oídos la voz de aquel monstruoso muñeco, se sintió vencido, derrotado por una fuerza maligna, que nada más imaginar le estremecía…

—No es posible —musitó en voz queda, mirando asombrado al «autómata».

El profesor lanzó una carcajada.

—¿Ni aun viéndolo con sus propios ojos lo cree usted? ¡Qué importa! Yo he triunfado plenamente y eso es lo importante…

Tomó el candelabro más próximo y acercándose a la hoguera le prendió fuego.

Las llamas ascendieron velozmente, con un chisporroteo intenso.

—¡Adelante! —ordenó Karl.

El «autómata» permaneció inmóvil, como si fuese capaz de dudar, mientras el corazón del padre Frank latía con una violencia inusitada.

—¡Adelante!

Empezó a marchar, a pequeños pasos, como si desease no llegar jamás hasta las llamas, pero el profesor, rabioso ya, tomó un bastón y empezó a golpearle con fuerza.

Los golpes sonaban a metal batido y hueco.

—¡Adelante! ¿Por qué tienes miedo, estúpido? ¡Las llamas no te harán nada!

El «autómata» siguió avanzando. Sus pies se posaron sobre las brasas.

Inmóvil, sin poder dar crédito a lo que estaba viendo, el sacerdote, sin saber exactamente por qué, experimentaba una sensación de congoja por aquella construcción de un cerebro enfermo; pero, por otra parte, deseaba ardientemente que las llamas lo destruyesen por completo.

El profesor, loco de rabia, volvió a golpear al muñeco.

Entonces, vacilando, el hombre mecánico tropezó y cayó cual largo era sobre el fuego.

El golpe fue tan violento que trozos ígneos volaron por doquier y algunos de ellos destrozaron los frascos, empezando a arder las estanterías repletas de ácidos, que estallaban sordamente.

—¡Salga de aquí, profesor! —gritó el padre Frank.

De repente, cuando ya había conseguido separar al profesor, cogiéndolo por la manga, UN ALARIDO INSOPORTABLE BROTÓ DEL CUERPO DEL MUÑECO; UN GRITO QUE RESONÓ EN TODO EL CASTILLO, COMO LA LLAMADA ANGUSTIOSA DE UN SER TREMENDAMENTE HERIDO.

Soltándose del sacerdote y con los ojos fuera de las órbitas, el profesor se abalanzó decididamente hacia la hoguera.

—¡Es imposible! —gritó, sordamente—. ¡Otto, hijo mío! ¿Por qué has hecho esto?

Intentó el religioso avanzar, con los cabellos erizados por el

terror, pero una explosión colosal le hizo correr velozmente hacia la escalera, donde llegó chamuscado y con sus vestiduras ardiendo.

El laboratorio era ya un volcán rugiente…

CAPÍTULO VII

«Querida mamaíta: Te escribo esta carta para confesarte lo que deseo hacer. No creas que, a pesar de todo, no me he dado cuenta de lo que el pobre papá sufre y quiero ayudarle, esperando que no se enfade cuando descubra lo que he hecho.

»Anoche, aprovechando que dormías, he bajado, arrastrándome, hasta el laboratorio. ¡Era verdaderamente impresionante! Papá trabaja con un muñeco enorme y muy pronto se quedó profundamente dormido. El muñeco estaba abierto por detrás y vi que cabía dentro perfectamente.

»Mi plan estaba hecho y yo seguro de que papá iba a ser feliz, al menos por unos días.

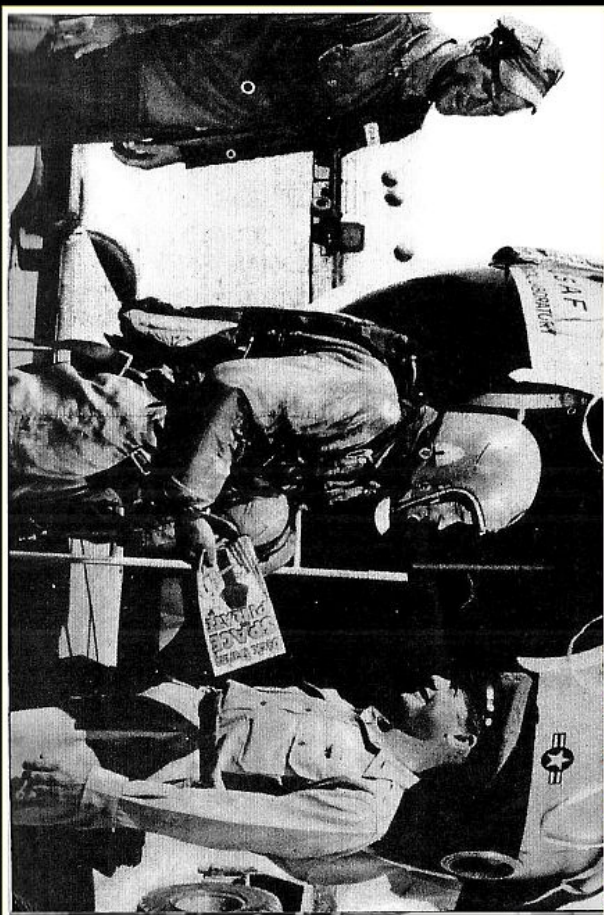
»Esta noche bajaré de nuevo, antes de que anochezca, y me meteré en el “autómata”. Papá no se dará cuenta y creerá que ha logrado que sus muñecos hablen como las personas. Se pondrá tan contento, que seguro te llamará. Consigue que descanse un rato y que salga del laboratorio. Luego, cuando ya haya dormido todo lo que necesita, le hablaremos tú y yo para que abandone definitivamente esos trabajos.

»Nada más, mamaíta, Espero que me perdones si lo que hago está mal hecho. Yo creo que, con un poco de suerte, podremos ser felices los tres, como todas las familias…

Tu hijo que te adora.

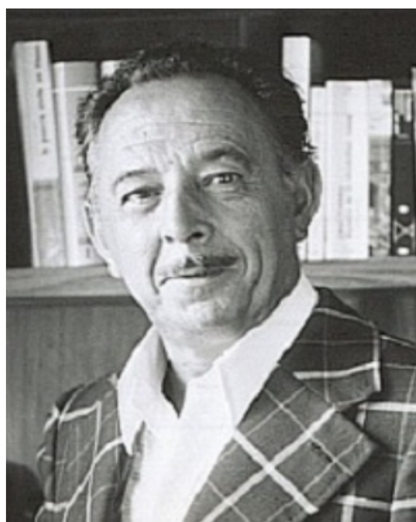
Otto».

FIN



Escena de la película ON THE THRESHOLD OF SPACE, de 20th. Century Fox

Precio en España: 6.- **ptas.** En Argentina: **4** pesos



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.